

LA LECTURA PARA TODOS.

SEMANARIO ILUSTRADO.

NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, ETC., ETC.

PRECIOS : EN MADRID,

LLEVADO Á DOMICILIO.

Seis meses. 15 reales.
Un año. 28 »

Se suscribe en Madrid en la Administración, librería extranjera y nacional de D. Carlos **Bailly-Bailliere**, librero de cámara de SS. MM. y de la Universidad central, calle del Principe, núm. 11.
En Provincias, en todas las librerías y administraciones de Correos.

PRECIOS : EN PROVINCIAS,

FRANCO DE PORTE.

Seis meses. 21 reales.
Un año. 38 »



¡Ah! pues si es ese vagamundo de Maricou! (Pág. 723, columna 3.ª).

OCHO DIAS EN EL CASTILLO.

NOVELA ORIGINAL

DE FEDERICO SOULIE

TRADUCIDA POR

D. EDUARDO PERIE.

(Continuacion. — Véase el n.º 45).

Aquella respuesta tuvo un acento tan simple y tan ingénuo, que Mme. de Chevalaine creyó haberse equivocado con mi madre, y le pareció que era una de esas naturalezas groseras, que redu-

cen todos los beneficios á la cantidad de dinero que reciben; y se figuró que la espresion de sorpresa que mi madre habia mostrado, era un sentimiento de codicia burlada, y se alegró de poder realizar todo lo que habia pensado para ella y para mi, con un poco de dinero.

Puede ser que si Mme. de Chevalaine hubiese puesto en conocimiento de su esposo dicha escena, la hubiese comentado de distinto modo: porque sabia mejor que nadie que mi madre no era avara, y hubiera buscado el pensamiento que la habia impulsado á negarse á que su hijo viniera al castillo.

Pero para hacer dicha confidencia á su esposo, Mme. de Chevalaine tenia que orillar una cuestion penosa para ambos; y por lo tanto nadie supo lo ocurrido, y mi madre pasó por haber recibido como los demás criados de la casa, las liberalidades de Mme. de Chevalaine.

Sin embargo, aquella señora seguia perfectamente de su embarazo, y nada cambió en torno suyo.

Mi madre, desterrada en su cocina, recibia diariamente las órdenes por medio de una doncella, de modo que verdaderamente Mme. de Chevalaine no la habia vuelto á ver en tres meses;

época en que vino un médico á establecerse en el castillo, esperando su próximo parto.

Este fué feliz; pero las esperanzas de Mr. de Chevalaine no se realizaron hasta cierto punto, porque, en vez de un niño, nació una niña que se llamó María como su madre.

—¿Luego es ella la que hace tres años murió tan desgraciadamente? dijo Mme. Cros.

—¡Ah! señor, repuso Maricou, no me interrumpais! En esta relacion que os hago, voy de dia en dia y de circunstancia en circunstancia, como si recitase un libro que hubiera aprendido de memoria; pero si me fuera preciso el separar este suceso de los otros, no me atreveria á hablar..... Escuchadme, por favor, escuchadme.

El nacimiento de Maria se celebró con fiestas y nuevas liberalidades, de las que participó mi madre aceptándolas como una criada; por lo tanto, nadie podia sospechar en ella el cráter que la devoraba.

Por último, al cabo de un año Mme. de Chevalaine tuvo un nuevo embarazo; pero esta vez se tuvo oculto porque habian criticado á Mr. de Chevalaine por sus esperanzas de tener un heredero que perpetuara su nombre, y no queria esponerse de nuevo á las burlas de sus vecinos.

Llegó por fin el dia, y esta vez la felicidad de Mr. de Chevalaine fué completa; porque fué un niño el que nació.

Mr. de Chevalaine no pudo contenerse: anunció una fiesta espléndida para el dia del bautismo, que debia tener lugar en el mismo castillo, y convidó á todos sus vecinos.

La casa fué invadida desde la víspera por todos los que habian sido llamados al festin, al baile y á los placeres que puede proporcionar el dinero.

El médico estaba en el castillo y se acostaba en una habitacion contigua á la de la señora; el ama del niño se acostaba igualmente en un gabinete de vestir que no estaba separado de dicha habitacion mas que por una puerta de cristales; la mujer que cuidaba á Mme. de Chevalaine pasaba la noche en su misma habitacion, y sin embargo, en la mañana del mismo dia de la ceremonia, se encontraron muerta á Mme. de Chevalaine en su cama, y á su hijo estrangulado en la cuna.

Se habia cometido un crimen.

XI.

Mme. Cros era muy niña cuando acontecieron estos sucesos, y los habia oido contar; pero no habia conservado un recuerdo exacto de ellos, y sobre todo no habia comprendido el horrible secreto que encerraban; por lo tanto, se estremeció y palideció á las últimas palabras de Maricou.

—¿Qué! dijo con voz alterada, fué un crimen... y el que lo cometió.....

—¿Fué un crimen! repuso Maricou; pero la nodriza y la mujer que cuidaba á Mme. de Chevalaine, no fueron comprometidas; el médico no habia oido nada y la sola puerta por donde hubieran podido penetrar en la habitacion de Mme. de Chevalaine daba en la de su esposo, por la que hubiera sido necesario pasar para entrar en la de la condesa.

—Ya, dijo Mme. Cros dudando aun, ¿pero no acusaron mas que á la nodriza y á la enfermera?

—Señora, repuso Maricou con amarga sonrisa;

mi madre habitaba á un extremo del castillo; y mi madre habia subido á media noche á su cuarto, que estaba situado en un corredor en el que habitaban los demás criados, y la habian visto entrar y salir de él como acostumbraba ordinariamente.

—¿Pues quién era entonces el autor del crimen?

—Escuchadme, señora, repuso Maricou con acento sombrío, y entonces sabréis lo que son las pasiones.

Vosotros creéis vivir en Paris..... en ese Paris tan lleno de ruido como vacío de reflexiones.

Empleais las mejores fuerzas de vuestra existencia en el mundo, en los placeres, en las luchas de la vanidad, en los triunfos de los trajes y en las intrigas de la coqueteria, y no podeis comprender esas tragedias que tienen lugar en nuestras soledades; aquí donde el alma se comprime y se reconcentra en un solo pensamiento, y en donde nada la distrae de sus horribles preocupaciones.

En vuestra existencia disipada, la cólera ó un momento de delirio pueden engendrar un crimen semejante al que fué cometido en aquella noche fatal; pero no hay un alma que tenga la suficiente fuerza de retenerlo en su mente durante tres años y asegurar su ejecucion. En París mil cosas la hubiesen arrancado de su preocupacion; pero no fué lo mismo en estas soledades: ese proyecto concebido desde el momento en que mi madre aceptó su posicion de sirvienta resignada, se efectuó en el dia y en la hora que debia efectuarse.

—¿Luego era ella? exclamó Mme. Cros con acento alterado.

—Es mi historia y no la suya la que os cuento, repuso Maricou, cuyas ideas parecian estraviarse.

Os suplico que me escuchéis sin interrumpirme. Dejad que siga el curso de mi narracion.

¿Fué un crimen efectuado por mi madre? ¿Quién sabe?

Pero aquella obra infernal se ocultó con un misterio tan sombrío, que la justicia no pudo penetrarlo; porque, aunque mi madre fué acusada, y todas las probabilidades morales estaban contra ella, no pudo encontrarse ninguna prueba material, y salió absuelta por sus jueces, pero condenada por la opinion pública. Como podeis figuraros, las puertas del castillo se cerraron para ella, y el horror que inspiraba era tan grande, que no tuvo mas remedio que refugiarse en las barracas, para escapar á la animadversion que la seguia por todas partes.

Este acontecimiento no me devolvió á mi madre, porque apenas volvió entre los de su raza, me hizo salir de allí.

Ya estaba en edad de comprender lo que pasaba en torno mio y de evaluar las horribles felicitaciones de los que la acogieron como á su vengador. Salí, pues, de las barracas, y entonces fué cuando entré en el Colegio de los Jesuitas que acababa de reinstalarse en los alrededores de L.....

¿Por qué medio ó por qué proteccion consiguió el hacerme entrar en dicha casa cuando no se le conocian medios para ello? Eso era lo que admiraba á todo el mundo, y cuantos se acordaban de la moderacion con que Mr. de Chevalaine depuso

contra mi madre, decian que era el que me habia protegido. Allí fué, señora, donde recibí esta instruccion incompleta que os ha admirado.

Parecia, pues, que hubiese habido una transaccion entre mi madre y Mr. de Chevalaine, y que este habia consentido en sufragar los gastos de mi educacion, sin duda con la condicion de que me hiciera religioso.

Pero tenia aun demasiada sangre proscrita en mis venas para resolverme á aquella esclavitud: habia vivido demasiado tiempo en la independencia de las barracas, para doblegarme á unas reglas tan estrechas; y un dia, esponiéndome á arrostrar la cólera de mi madre, escapéme de la casa y me volví á nuestra aldea, sin guia, sin consejo y á la casualidad de mi libertad, como vuelve el pájaro á su nido, impulsado por un instinto sobrenatural. El primer grito de mi madre fué el de una cruel alegría: acababa de reconocer su sangre en aquel acto de desobediencia y en aquella vuelta al círculo maldito de su raza.

La aldea me acogió como un prisionero que hubiese recobrado su libertad; pero las costumbres de orden, de trabajo y de prevision que habia adquirido entre los jesuitas, y que me pesaban cuando me las imponian por deber, me dominaron lo suficiente para que el aspecto de aquella holgazaneria y aquella existencia de miseria y de vergüenza me repugnasen á pesar mio.

Por lo tanto, traté de arrancar de ella á los desgraciados y miserables que se corrompian en aquel lodo inmundo, y desde entonces fuí el enemigo de todos ellos; pero á medida que me odiaban, aprendieron á temerme. Diez de aquellos hombres enervados por la miseria quisieron atacarme; pero los derribé á todos como si fuesen chiquillos.

Comprendí, pues, que en adelante no viviria en este mundo mas que por el terror, y desde entonces fortalecí mi casa y no volví á salir sin mi escopeta.

Los dias se me pasaban en recorrer las landas, en cazar, ó por mejor decir en cazar en vedado, acreciéndose mi reputacion de hábil tirador en tales términos, que algunos jóvenes de los alrededores desearon ser testigos de mi destreza; y desde entonces fuí el proveedor de las casas mas ricas del país; mas dicha ocupacion me puso en hostilidad con los guardas campestres y la gendarmeria, de modo que en cualquier parte estaba inseguro. Dormia en los matorrales, siempre atento á lo que pasaba en torno mio, y comprendí que en este mundo yo solo era mi apoyo y mi refugio. En cuanto á mi madre, no me habia dicho nada acerca de mi nacimiento.

Como veia en nuestra aldea tantos huérfanos, nunca se me habia ocurrido el preguntar quién era mi padre. Creia que era uno de esos desgraciados que habian muerto en la flor de su edad, como dicen los demás hombres, pero que para nosotros es la decrepitud; y traté de ahogar en una vida de fatigas y de peligros no interrumpidos, la vaga inquietud que me atormentaba.

Debo deciros que entre los jóvenes que habian deseado conocerme y probar mi destreza, se encontraba Mr. Lorenzo de Chevalaine, y que convidado luego despues por él á las partidas de caza que hacia en compañía de sus vecinos, vi á su hermana Mlle. Lucia.

Por una de esas reflexiones que engañan el

corazon, admiré á aquella mujer: su fuerza, su intrepidez, su destreza en todos los ejercicios, y el desprecio que mostraba hácia la indolencia de las demás mujeres, me hacian pensar que tal deberia ser la esposa de un hombre como yo, capaz de luchar tambien con el peligro, de vivir bajo la celeste bóveda, de llevar siempre consigo el hogar y la vivienda, y en breve Mlle. de Chevalaine fué para mí el tipo ideal de la belleza y de la perfeccion, y desde entonces la amé.

En este tiempo, una pobre jóven con la que habia pasado mi primera infancia, llamada Francisca, que habia encontrado á mi vuelta en la aldea, era la sola que entre todos los habitantes de las barracas me amaba en secreto. Habia sido dócil á mis lecciones, y le habia enseñado el deber de la vida, que es el trabajo, y su amor le enseñó el pudor y la coquetería.

Porque todo lo que habeis visto de hedionda miseria física en aquel lugar maldito, no es nada en comparacion de la repugnante desmoralizacion de nuestra raza; y no creo que haya ni vicio ni crimen en lo que hacen, porque no tienen una idea de que se pueda obrar de distinto modo.

Francisca me amaba sin que yo lo supiese, y á pesar de la distincion que hacia entre ella y las demás, no podia librarse, sin embargo, de la repugnancia y de la execracion que me inspiraba aquella raza abyecta, á la cual creia pertenecer enteramente.

Mi madre no se equivocaba; pero contribuia á tenerme en la ignorancia, y cuando le hablaba de Mlle. de Chevalaine, escitaba en mí esperanzas que no me hubiera atrevido á concebir por mí solo; y si las rechazaba con terror, me decia siempre:

—Dentro de algunos dias te diré un secreto, y conocerás por él, que puedes amar á la persona de la mas alta gerarquía.

Estas palabras, repetidas una y mil veces, habianme dado en qué pensar; pero por mas que me torturaba en suposiciones de distintas especies, nada satisfacía ni mi deseo, ni mi curiosidad. Sabia vagamente que mi madre habia vivido fuera de nuestra aldea, y que habia vuelto á ella proscrita; pero ignoraba lo demás.

En cuanto á los estraños, que hubieran podido instruirme, guardaban sin duda el secreto, temiendo que me aprovechara de él. En fin, me creía aun el hijo de un bohemio de las barracas, cuando tuvo lugar el siguiente acontecimiento:

Una noche de luna que me volvía á mi vivienda, despues de haber vendido mi caza en un castillo que distaba bastante de ella, vi venir por una senda casi impracticable, á dos personas á caballo que se adelantaban con mucha circunspeccion. Juzgué que se habian extraviado, y las esperé en el paraje en que su camino debia cortar el que yo seguía.

Oculto en una espesura que formaban las retamas, reconocí que era un hombre y una mujer; y por la inquieta ternura con que hablaba el hombre, comprendí que eran un padre y una hija. No me apercebieron hasta que estuvieron junto á mí, y el sobresalto de la jóven fué tan grande que dió un grito. Su padre sacó una pistola, y en su aturdimiento me hizo fuego sin saber cuáles eran mis intenciones.

Además, señora, eso no tenia nada de estraor-

dinario, porque un encuentro á semejante hora y en aquel sitio, debia alarmar á un hombre que sabia mejor que nadie la mala reputacion de los habitantes de la landa.

Sin embargo, no pude resistir al primer movimiento de cólera, y le apunté con mi escopeta; pero aun no lo tenia ajustado cuando gritó:

—¡Sálvate, Maria! sálvate!

Aquel grito de un padre que olvidaba su peligro para no pensar mas que en la salvacion de su hija, me volvió en mí, y le dije:

—¿No tendria el derecho de tenderos á mis piés, puesto que me habeis querido matar?

—¿Qué haceis aquí á esta hora? me dijo el caballero colocándose entre su hija y yo.

—Puedo hacerlos la misma pregunta.

—¿Y si no creyese oportuno el contestaros? me dijo observándome.

—En ese caso, no tomaréis á mal que no conteste á la vuestra.

—Pues bien, marchad por vuestro camino.

—Es lo que hubierais podido hacer, en lugar de haberme hecho fuego.

El extranjero iba á replicar, cuando una voz de una dulzura angelical dijo con acento de espanto:

—Perdon, señor; pero nos hemos perdido hace una hora, y mi padre, cegado por sus temores hácia mí, ha cometido una imprudencia de la que se ha arrepentido seguramente, pero de la cual no debeis admiraros, puesto que vos mismo atravesais esta horrible landa con las armas en la mano.

No puedo deciros la piedad que me inspiró la voz tan sobresaltada y conmovida de aquella mujer que debia haber tenido miedo, y la vergüenza que sentí en mi mismo por haberla asustado.

—Si pudfeseis creer, le dije, las palabras de un hombre que os es desconocido, os diría que cuando os divisé, me figuré lo mismo que os acontece; pensé que podia ayudaros á encontrar vuestro camino, y ya iba á ofrecer mis servicios, cuando la injusta agresion de vuestro padre me ha obligado á defenderme.

—Os pido mil perdones, amigo mio, me dijo Mr. de Chevalaine; pero no estrañaréis mi sorpresa cuando os diga que nos habian advertido un cuarto de legua de aquí, que ese bribon de Maricou estaba batiendo la landa.

Mi nombre, unido á aquel epíteto que me echaban en cara como una cosa notoria y fuera de discusion, me hizo estremecer.

—¡Ah! le dije á aquel hombre, ¿os ha hecho algun daño Maricou?

—¿Pues no es, me dijo horrorizada la jóven con un acento de horror muy marcado, el hijo de Mariana la envenenadora?

—¿Quién dice eso? exclamé con un espanto tremendo.

—Escusadla, me dijo al momento Mr. de Chevalaine, es muy niña y repite los malos antecedentes que pesan sobre esa desgraciada mujer.

—Padre mio, ¿pues no fué ella la que envenenó á mi madre y á mi hermano?

A la primera acusacion habia lanzado un grito de espanto y de indignacion, al cual le habia sucedido un abatimiento, que provenia de no sé qué conviccion aterradora que parecia decirme al oido:—¡Es verdad!

Y tampoco puedo deciros cómo fué que, sin

darme cuenta á mi mismo del objeto de mi determinacion, le propuse al extranjero y á su hija de guiarlos hasta su camino. Les pregunté á donde iban, y cuando el padre me indicó el castillo de Chevalaine, aquel nombre fué como una revelacion para mí, á pesar de conocerlo perfectamente.

De todos modos, no habia puesto los piés en el castillo, á causa del ejercicio á que me entregaba, y cómo lo ejercia particularmente en las posesiones de Mr. de Chevalaine, no habia tratado en manera alguna de trabar relaciones con él.

Pero en aquel momento recordé ciertas habillitas que Mr. Lorenzo y Mlle. Lucía habian tenido de mí, y en las cuales mezclaban el nombre de su tío, lo que me determinó á ofrecerle mis servicios, y seguirle hasta su castillo.

A decir verdad, no era un sentimiento determinado; era un vago instinto que me decia que marchaba hacia un punto importante de mi existencia, y mil recuerdos vagos contribuyeron sin duda á hacerlo nacer en mí. A pesar del mucho cuidado que habia tenido mi madre en ocultarme su vida pasada, varias palabras sueltas me habian hecho saber que no siempre habia habitado en las barracas, y que el castillo de Chevalaine habia influido mucho en su existencia; pero nada se presentaba con bastante claridad á mi imaginacion para que pudiera decir que un pensamiento determinado me guiaba.

Por último, llegamos á la entrada del castillo, en donde todo el mundo estaba con cuidado.

XII.

—No volvais esta noche á vuestra casa, me dijo Mr. de Chevalaine; entrad, se os servirá de cenar, y aquí teneis por vuestro trabajo: y me presentó una pieza de cien sueldos que rehusé silenciosamente, mirándole con atencion lo mismo que á su hija.

Y mientras me hablaba, los criados habian traído hachas encendidas, y le preguntaban sobre el motivo de su tardanza.

—Sin este valiente jóven, contestó, que no quiere recibir la recompensa de su trabajo, corriamos peligro mi pobre Maria y yo de pasar la noche en la landa.

El palafrenero, que se llevaba los caballos, reparó entonces en mí, y exclamó:

—¡Ah! pues si es ese vagamundo de Maricou! A este nombre, Maria lanzó un grito de terror, y Mr. de Chevalaine se quedó estupefacto.

—Si señor, yo soy Maricou que en poco ha estado que no lo hayais muerto; á cuya madre vuestra hija la llama envenenadora, y que, sin embargo, os ha servido de guía sin cólera ni resentimiento.

—¡Padre mio!..... padre mio!..... exclamó Maria, ese hombre abriga malos proyectos; hacedlo echar de aquí.....

Miré á Maria, y tenia un terror tan profundo retratado en su semblante, que atribuí á dicho sentimiento la dureza de sus palabras.

En otro lugar, ó de cualquier otra persona, me hubiesen exasperado sus palabras; pero las de aquella jóven tan delicada y tan hermosa me anonadaron. Incliné la cabeza para ocultar las lágrimas que brotaron en mis ojos, y le dije á Mr. de Chevalaine:

—Adios, señor: no tengo necesidad ni de re-

poso ni de dinero por el servicio que os he hecho; y vos, señorita, no seais tan dura con los que no conocéis.

—No, no os iréis de esa manera, me dijo Mr. de Chevalaine, con un acento casi despavorido; debíamos tener una explicación los dos solos, y hace tiempo que la preveía. Puesto que la ocasión se presenta, ya sea hija de la casualidad, ó bien que la hayais buscado, es necesario concluir. Seguidme, caballero, yo os lo mando, que tengo derecho para ello.

Cuando supe la verdad, me expliqué el acento particular de aquel mandato, que no era ni el de un amo á su criado, ni el de un hombre de tan alta posición como Mr. de Chevalaine á un miserable como yo.

Obedecí la orden de Mr. de Chevalaine y le seguí.

Apenas llegamos á una vasta cámara, cubierta de viejos tapices, cerró cuidadosamente todas las puertas y me dijo como un hombre que está subyugado por la emoción.

—He hecho por vos todo lo que he podido, he querido hacer vuestra fortuna haciéndoos tomar el hábito de la orden de Jesús, de cuya casa habeis huido. Mi indulgencia os ha seguido en la vida de pereza y de desorden que traéis, porque he hecho suprimir todas las quejas que mis guardas han dado contra vuestros delitos de cazar en vedado; ¿es que la impunidad os invita á desafiarme cada vez mas? Pensad que no se me arredra fácilmente; y que lo que hubiera podido conceder á una buena conducta, no lo obtendréis nunca por medio de insolentes reclamaciones. Pero, en fin, estais pobre, la miseria conduce al crimen muchas veces, y quiero ayudaros á salir de la vía en que estais; ¿qué os hace falta? ¿qué pedis? Pero no olvideis que no os concederé nada, sino bajo la espresa condición de que abandoneis este país.

Aquel flujo de palabras, de amenazas, de quejas, y aquel reconocimiento implícito de un derecho que ignoraba y que invocaba Mr. de Chevalaine, todo esto me confundió, y buscaba una respuesta en mi mente, cuando tomando una bujía se aproximó á mí, separó vivamente mis cabellos y exclamó mirándome cara á cara:

—¡Es asombroso!

Aquel movimiento, aquel gesto y aquellas palabras me confundieron aun mas; y juzgad cuál sería mi sorpresa, cuando la mirada que Mr. de Chevalaine fijaba en mí, se dulcificó poco á poco y concluyó por tomar la expresión de una piedad dolorosa.

Algunas lágrimas asomaron en sus ojos y me dijo con voz sombría:

—¿Con que no tienes el alma infernal de tu madre cuando no has matado á mi hija?

Esto me volvió en mí y le respondí entonces: —Vuestra hija, señor, ha acusado á mi madre llamándola envenenadora; y eso es una calumnia..... y una injuria.

—¡Una calumnia y una injuria!..... exclamó Mr. de Chevalaine con furor; pero tú lo debes saber, tú, por quien cometió aquel crimen, sabrás que envenenó á mi mujer y mató á mi hijo!

—¡Mi madre! exclamé..... imposible..... eso no es verdad.

Habia tal acento de convicción en mis palabras que Mr. de Chevalaine me miró atentamente.

—¿Con que no sabes nada? me dijo.

—Nada que se parezca á lo que acabais de decir.

—¿Con que no sabes que ha sido acusada ante el juzgado por ese doble crimen?

—Nunca se han atrevido á decírmelo. ¿Pero está libre?

—Sí; ha sido absuelta.

—Luego entonces es inocente y la habeis calumniado.

—¡Oh! murmuró dejando caer la cabeza entre sus manos; siempre el mismo corazón de hierro, capaz de guardar el secreto de su pensamiento hasta la tumba.

Luego reflexionó largo tiempo, mientras que por mi parte buscaba la explicación de aquel singular enigma.

La sola idea que asaltó mi mente, era la de que habia un crimen real, entre mi madre y Mr. de Chevalaine, y que habian sido cómplices. En esta confusión de ideas me olvidé enteramente de mí mismo, cuando Mr. de Chevalaine me dijo con acento conmovido:

—Puesto que no te ha dicho la verdad, es señal de que eres digno de no conocerla..... ¡Pues bien, Pedro! respóndeme con franqueza: ¿qué te ha dicho de mí?

—¿De vos? Nunca me ha hablado ni una palabra.

—¿Que nunca te ha hablado de mí?..... me dijo con indecible sorpresa.

—Nunca se ha pronunciado vuestro nombre entre nosotros; ahora es cuando sé que os debo la educación que he recibido y la protección que deja impunes mis cacerías en vedado.

Parecia que Mr. de Chevalaine no podia creer lo que le decia, y repuso:

—¿Pero otras personas no te han dicho nada... lo ignoras todo?

—Vivo enteramente solo, le contesté, despreciando á los de mi raza, que están perdidos en la holgazanería y en el fango de los vicios; despreciado, á mi vez, por los que no pertenecen á ella, y no permitiendo, por lo tanto, que nadie penetre en mi corazón, no tengo curiosidad de conocer el de mis semejantes.

—Es imposible, repuso á su vez Mr. de Chevalaine; representas una comedia cuyo objeto no comprendo. ¿Por qué tuviste aquella calma cuando te hice fuego? por qué, perdonándome el sobresalto que sentí por mi hija y con él mi imprudencia; por qué, repito, has hecho lo que ningun hombre hubiera hecho en tu lugar? por qué nos has guiado con tanto esmero? por qué si nada sabias, has rehusado el dinero que te ofrecia y la hospitalidad con que te brindaba esta noche?

—Mr. de Chevalaine, le contesté; vagos indicios me habian advertido algunas veces, que estabais mezclado en las desgracias de mi madre: han pronunciado muy á menudo vuestro nombre mirándome fijamente; pero no habia hecho atención á ello hasta que no hace mucho, la acusación de vuestra hija contra mi madre ha hecho nacer en mí una terrible sospecha. Vuestros palabras no hacen mas que confirmarme en mi pensamiento; por lo tanto, yo soy el que ahora os pregunto la verdad; es necesario que la sepa.

Mr. de Chevalaine meneó la cabeza y no pronunció ni una palabra.

—No olvideis, le dije, que mi madre me la dirá cuando se la pregunte; y que esa revelación que me anuncia como muy importante, y que ha fijado el día que tenga una edad que cumpliré antes de un mes, puedo apresurarla refiriéndola lo que me ha pasado esta noche.

—¡Ah! me dijo Mr. de Chevalaine, te ha prometido la revelación importante de un secreto! ¿Y en qué términos te lo ha anunciado?

—Como un secreto que podia cambiar mi vida, y en verdad que necesito que cambie. Ved, pues, si preferís el revelármelo vos, ó que sea ella quien me lo haga saber.

—¡Que te lo diga ella, miserable! exclamó violentamente; ¡que te lo diga, si quiere..... en cuanto á mí, ni podria..... ni quiero hacerte dicha confesión!

Y mientras hablaba como os llevo dicho, media el salón á grandes pasos, como un hombre que ha perdido la razón; de pronto se detuvo ante la alcoba donde estaba su cama, y designándomela con el dedo, prosiguió:

—¡Pero cuando te cuente el día en que mi mujer y mi hijo fueron asesinados, que no te niegue su crimen, porque hé ahí la puerta secreta por donde entraba desde su habitación en la mía, y esta la cama que compartió conmigo cuando me dejó dormido, mientras asesinaba á la madre y al hijo..... ¡Tú le dirás que es una infame..... y si tienes alguna sangre mía en tus venas..... si ella no te ha transmitido el crimen como una herencia, la maldecirás y la dejarás entregada á su miseria y á sus remordimientos!

—¿Luego Mr. de Chevalaine, exclamó Mme. Cros, continuó en sus relaciones con vuestra madre despues de su casamiento?

—Os refiero los sucesos, señora, dijo sordamente Maricou, pero no las pasiones. ¡Mr. de Chevalaine no pensaba en mi madre hacia largo tiempo..... pero ella pensaba sin cesar en su venganza!..... Supo encontrarla en secreto, reanimó en él un amor que justificaba la rara hermosura de Mariana, y cuando se cometió el crimen, hacia un mes que aquella puerta, condenada por espacio de dos años, se habia abierto de nuevo para las citas nocturnas de los culpables. Ahora comprenderéis por qué no se la descubrió, por qué se quedó oculto aquel crimen, y el por qué mi madre fué absuelta por sus jueces.

—¡Eso es horrible! exclamó Mme. Cros.

—Si la relación que os hago os espanta, juzgad, señora, de los violentos y encontrados sentimientos que se apoderarían de mi alma, al saber, sin intervalo ni medida, el crimen y el secreto de mi nacimiento.

Quedéme ante el que acababa de llamarse mi padre, en la incoherencia de sus palabras, inmóvil, estático y aniquilado; no me creía el juguete de un sueño porque no me sentía vivir; no tenia ni la conciencia de mi ser; y aquel estado de abatimiento duró tan largo tiempo, que Mr. de Chevalaine tuvo el suficiente para calmarse, y se espantó de la imbecilidad de las miradas estraviadas que fijaba en él; por lo tanto me sacudió rudamente, y me dijo:

—Y bien, Pedro, ¿estás loco?

Mi desgraciado padre me lo ha contado despues muchas veces..... Entonces yo, Maricou, el terrible Maricou, temido en diez leguas á la redon-

a, junté mis manos y me puse á llorar como un niño, gritando:

— ¡Dejadme que me vaya..... no quiero estar aquí mas!

Lágrimas, ruegos, amenazas, nada pudo hacerme abandonar la idea de huir de una casa que me espantaba. A todo lo que me decia Mr. de Chevalaine, le contestaba estas palabras:

— ¡Quiero irme de aquí!

En fin, desesperando de hacerme volver en mí, mi padre me condujo por una escalera escusada hasta su parque.

Apenas me ví al aire libre, me escapé como un insensato..... los perros que guardaban el parque me hubiesen despedazado, si una fuerza sobrehumana no me hubiera hecho saltar rápidamente las calles, los senderos y hasta los muros... Luego corrí mientras mi cuerpo pudo soportar el furioso estravío de mi alma.

Por último me caí en el suelo jadeando de fatiga, y traté de echarme á rodar para seguir huyendo todavía; me retorcí como un condenado para apartarme algunos pasos mas del fatal castillo; hasta que vencido enteramente por la lucha que habia soportado, sentí extinguirse todas mis fuerzas y quedéme desmayado en el suelo.

(Se continuará).

LA HIJA DE ANTONIO PEREZ

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

DE D. PEDRO ESCAMILLA.

(Continuacion.—Véase el n.º 45).

—Pues yo sé quién es, á pesar de su embozo y celeridad, y no deja de chocarme su presencia en este sitio y á tal hora.

—Si no temiera ser indiscreto, me atreveria á preguntaros el nombre de esa persona.

—Isaac.

— ¡El usurero! exclamó el sacristan mintiendo en su acento el mayor asombro.

—El mismo: ¿no te parece raro el que se halle fuera de su casa y metido en una hosteria?

—Quién sabe; vendria á acaso á hacer un préstamo al compadre Rojo.....

—Qué imbécil eres, dijo el caballero mirando á Lopez: ¡un préstamo al hostelero mas ladron de todos los hosteleros habidos y por haber! No; algun asunto mas importante para el judío le conduce á este sitio. ¡Diablos! Yo quisiera enterarme de ello sin tomar cartas en el negocio..... ¿Cómo nos arreglarémos?

—No hay mas sino entrar, repuso Lopez dando un paso en la calle, creo que es el medio mejor.

—Pero yo no quisiera ser visto.

—Eso es algo mas difícil.

—Y, sin embargo, necesito saber qué es lo que viene á buscar ese maldito zorro de hebreo, dijo D. Juan, dando señales de impaciencia.

—Entonces entraré yo solo y vos podeis esperar en este mismo sitio.

—Es que á tí te conoce muy bien para que vaya á fiarse de tu discrecion.

—Es verdad, y á fé que el tal Isaac no se fia de nadie.

—Pues es preciso hallar algun medio.

—Esperad, señor, se me ocurre una idea, dijo el sacristan en actitud de reflexionar.

—Veamos si es aceptable.

—Yo entraré hasta la pieza que ocupe el judío dando traspieses y describiendo curvas como un matemático ó un borracho; me siento sin saludarle en la mesa mas próxima á la suya y pido una botella de vino. Mientras la sirven, dejo caer la gorra, tiro un banco, me acuesto de pechos en la mesa, y empiezo á pronunciar palabras incoherentes y á dar ronquidos. El hebreo, creyéndome completamente borracho, nose cuida de mí para nada, y yo observo cuanto haya que observar, y oigo lo que haya que oír. ¿Qué os ha parecido mi idea?

—No la juzgo del todo mala, dijo D. Juan despues de un momento de reflexion, y en fin, no teniendo otra mejor, adoptémosla; pero cuidado con no embriagarte de veras, y nos quedemos, yo en blanco y tú en tinto.

—Descuidad, señor, que no probaré ni una gota, contestó el sacristan rechazando la sospecha que encerraban las palabras del caballero; cuando emprendo un negocio en que otro que yo se interesa, me abstengo hasta de respirar.

—Por ahora no pido mas sino que te abstengas de beber: ya sabes que el premio de tu habilidad está en el fondo de mi bolsa. No pierdas ninguna de las palabras del hebreo, ni uno solo de sus movimientos te se escape, y sobre todo, cuida de fingir bien tu embriaguez y tu sueño, de modo que él nada sospeche.

El sacristan hizo un movimiento de inteligencia y se dirigió á la hosteria, cuya puerta abrió con ímpetu y entró parodiando tan perfectamente la embriaguez, que muchos de los concurrentes se rieron no poco de su ridícula catadura, y aun se permitieron frases no muy gratas para los oídos del sacristan.

Luego que el caballero le vió entrar en guisa de cumplir su palabra, se retiró no gran trecho, y embutido en el cerco de una puerta con la vista fija en la de la hosteria, se decidió á esperar el resultado de su pesquisa.

V.

LA HOSTERÍA DEL COMPADRE ROJO.

Una hosteria en el tiempo á que nos referimos, es decir, en el siglo XVI, era mucho menos que una taberna de nuestros dias y algo mas que un bodegon: un establecimiento *sui generis* que se acercaba á la una desviándose del otro, colocado en un terreno propio, con su existencia independiente, su naturaleza y su esencia peculiar.

Cuadro muy digno de estudio presentaba, en verdad, en sus dos principales elementos, moral y fisico, porque una hosteria, propiamente dicha, tenia ni mas ni menos que un sér de la especie humana estas dos cualidades esencialisimas para la formacion de un todo tan completo como se nos presentaba en dicha época.

La parte fisica de que hablamos, era el edificio mismo, sus cimientos, sus tapias y sus ventanas diseminadas sin órden ni simetría como agujeros en el destrozado manto de un estudiante sopista; su tejado de resbaladiza pendiente y los adornos mas ó menos estravagantes que ostentaba su fachada, segun el gusto ó escuela del arquitecto que habia dirigido su construccion.

Generalmente los edificios ocupados por una hosteria, tenian un origen mas noble del que se les pudiera suponer.

Eran casas que en tiempos mejores habian servido de vivienda á familias acomodadas: la dura mano del tiempo, pesando juntamente sobre la casa y la familia, habia impreso su huella en ambas á dos: la segunda habia desaparecido como desaparecen agrandándose los círculos que forma el agua de un estanque cuando se arroja en él una piedra; la primera se conservaba en pié todavía, pero en estado casi ruinoso, amagando desplomarse de repente en cuanto un año mas se uniese á los que ya llevaba de vida.

Desde el hostelero, propietario nato de la tienda, hasta su último criado, incluyendo á sus numerosos parroquianos, contribuian todos por medios distintos á imprimir en su cargada atmósfera y denegridas paredes ese tinte particular, español sobre todo, que era lo que constituia la esencia de su parte moral.

Acaso nuestros lectores tomarán como paradoja, que un establecimiento de tal índole pudiera tener un átomo siquiera de moralidad; sin embargo es cierto que la tenia á pesar de todo.

Moral negativa, es verdad, pero moral en fin.

Dábasela el hostelero, no robando á los concurrentes asiduos mas que la tercera parte de lo que tomaban, pudiendo estenderse hasta la mitad si no fuera hombre de conciencia.

Dábasela el fraile tumbon, que entre viandas y padres nuestros empleaba allí las horas en que no tenia gran cosa que hacer, y eran las mas, enfrenando en los demás el pecado de la gula, y mostrándoles con su ejemplo la semejanza que vicio tan feo da al hombre con el bruto.

Dábasela el estudiante truan, que arriesgaba á los dados su última moneda y la perdía, entrando luego en sérias consideraciones sobre la tranquilidad del hombre entregado al estudio..... del cubilete.

Y dábasela, por último, la Celestina andrajosa y la Mesalina de cuartel, llorando sus floridos abriles la primera, y su perdida salud la segunda.

Sobre todo, la hosteria del compadre Rojo daba una loable hospitalidad á cualquiera moneda del reino no siendo falsa.

Verdad es, que su digno propietario era aficionado al oro mas que un judío, único lunar que, unido al de avaro, afeaba á aquel carácter apacible y bonachon.

Llamábase Lucas y era oriundo de Segovia.

Pasó la juventud empleando sus conocimientos naturales en varios ramos de la industria humana, que estaba en mantillas por entonces.

¡Era un excelente sugeto el segoviano!

Su padre hizo humo en Valladolid por haber tenido una distraccion en un convento de monjas junto á un cáliz y otros objetos de plata.

Lucas, que no queria sufrir los malos humos del Santo Oficio, vino á Madrid á ocultar su vergüenza, entrando al servicio de un rico hostelero casado con una arrogante moza, que, segun supo despues, tenia algunos motivos de antipatía contra la inquisicion.

Esta antipatía comun, como vemos en Blasa y Lucas, engendró una simpatía muy viva en Lucas y Blasa.

De la simpatía al amor no hay mas que un

paso; y de este al adulterio ni media pulgada siquiera.

Lúcas se abrió camino á fuerza de habilidad hasta el corazon de la hostelera y hasta el bolsillo del hostelero.

¡ Aquel corazon tan sensible á los encantos del amor, y aque repleto bolsillo que durante una generacion habia estado tragando, y no guijarros, sin que se hubiese aplacado aun su insaciable apetito!

Sin embargo, Lúcas no era completamente feliz.

¡ Misera condicion humana!

A un leve capricho de su bella podia desaparecer como el humo su parte de dicha presente y su porvenir, que le presentaba en lontananza una nube de escudos flotando sobre un lago de exquisito vino.

Y Lúcas era no menos aficionado á este que á aquellos.

La sombra del marido venia á oscurecer su horizonte de felicidad.

Lúcas mantenía relaciones de amistad con un químico alemán, parroquiano asiduo de la casa.

Una noche bebían juntos á última hora: Lúcas debia haberlo hecho tambien á primera, porque su razon empezaba á flotar y su cuerpo á tambalearse.

Con una botella en la mano queria hacer salir el vino sin quitar el tapon: el químico le hizo ver que este era un obstáculo para su objeto: quitó el tapon y salió el vino.

Lúcas no bebió mas y se quedó meditabundo: tenia un objeto y un obstáculo; era preciso quitar el tapon de la botella.

¡ Gran cosa es tener relaciones con un químico!

A los tres dias murió el marido de su dulcinea.

El obstáculo habia desaparecido.

Cumplióse un año y se casaron los dos amantes.

El vino podia salir ya de la botella.

Su deseo le obligó á codiciar el amor de la mujer: la química le puso en posesion de la bolsa del marido.

La hostería de Lúcas era una de las mejores de la época, aun cuando no valia mucho. Componíase de un salon bastante capaz y regularmente estropeado. Las arañas se habian encargado de la tapicería, y el humo de los enormes belones que pendían del techo, ennegrecía las ya súcias paredes. Hasta una docena de mesas, diseminadas por la sala sin orden ni concierto, servían á los parroquianos, que no temían ensuciar sus trajes en los mugrientos bancos. En uno de los costados habia un pequeño y mal pintado mostrador, detrás del cual estaba la amante pareja hostelera, presidiendo aquel extraño cónclave de bebedores. Este salon estaba flanqueado por dos pequeñas piezas con las mismas circunstancias de adorno.

Servían estas en ocasiones dadas á alguna dichosa pareja que rendía culto á Vénus, sin olvidar á Ceres, ó á conciliábulo particulares entre algunos de los asistentes. Un pasillo largo y estrecho las dividía, dando paso á las habitaciones interiores.

Blasa habia entrado ya en la edad madura; sin embargo, aun conservaba en su rostro y abultado talle un recuerdo de sus buenos tiempos, y

aun podemos asegurar, sin que nuestra timorata conciencia nos lo reproche, que á mas de un parroquiano inspiraba ideas anacreónticas. Un poeta tronado, que glosaba á la sazón el *ars amandi* de Ovidio para dedicárselo á una dama de la corte, defendía con calor las cualidades físicas de la susodicha, apoyando sus razones con textos sacados nada menos que de las tragedias de Sófocles.

El compadre oía todo esto y se sonreía dulcemente si, el que así hablaba, habia hecho algunos escudos de gasto.

En la noche á que nos referimos en el principio de esta verídica historia, era bastante numeroso el concurso en la hostería, á pesar de lo avanzado de la hora.

La atmósfera que reinaba en el salon estaba cargada como las cabezas. Los criados no paraban un momento; la cueva vomitaba sus botellas, y todo esto hacia reír al compadre, porque refluía en el fondo de su repleta bolsa.

Soldados y estudiantes, frailes, menestrales y algunas mariposas de hospital, todos comían, bebían y alborotaban á placer, produciendo mas ruido que una batalla de Napoleon.

Solamente en medio de tanta alegría y estrépito habia dos personas, tristes y meditabundas al parecer, que no prestaban ninguna atencion á dicho espectáculo.

Estas dos personas eran Blasa y el judío Isaac.

Su tristeza y meditacion debían tener igual causa, pues veíaseles dirigir sus miradas hácia la puerta cuando esta se abría para dar paso á algun parroquiano, que no siendo el que esperaban, les producía un fuerte arqueamiento de cejas.

Blasa desahogaba su furia con sus pobres criados, que maldita la culpa que tenían.

El judío ahogaba su impaciencia en una botella de Jeréz.

Todo se les volvía mirar sin que topasen lo que esperaban, y su enfado iba creciendo por momentos, á medida que crecía la algazara y la broma.

Esta llegaba á su apogeo, al punto culminante del festin antes que degeneren en orgía.

Los estudiantes hablaban en latin, los soldados daban fuertes puñetazos sobre las mesas, como el martillo en el yunque, y las mozuelas cantaban y se reían de estudiantes y soldados.

Un honrado menestral, que estaba completamente borracho, creía oír las reconvenciones de su afligida esposa viéndole en aquel estado, y se deshacía en protestas que incitaban la risa de los pocos que estaban en estado de oírle.

— Por las barbas de tu madre la ventera, te juro, esposa mía, que tú ó yo estamos equivocados, decía el borracho con una marcada expresion de estupidez; crees que he bebido en casa de mi cuñado el Romo, y esto no es cierto, porque su vino me ha dado siempre ideas lúgubres, y esta noche vengo alegre como una carcajada. He visto á Marica con su saya verde..... pero no te enceles, pichona..... en santa María se reza el rosario en alta voz.....

— Muchas cuentas debes haberte tragado esta noche, barbero del antecristo, decíale un estudiante que acababa de perder su último escudo.

Estas y otras conversaciones parecidas rodaban de mesa en mesa entre el humo del tabaco y el ruido de las botellas, cuando nuestro conocido

el sacristan entró fingiéndose borracho, y escitando la hilaridad de los que aun no lo estaban.

Debemos decir en su honor, que hizo cuanto habia prometido al caballero; es decir, que se sentó cerca del judío, tan cerca, que casi le tocaba, pidió una botella, tiró un banco y empezó á roncar.

Isaac ni aun reparó en él, porque en aquel momento se abrió la puerta de la hostería, y un nuevo personaje se presentó en el dintel.

Era este un mozo como de unos treinta años, alto, moreno, barbudo y vigoroso, con ropilla morada y un sombrero mitad español, mitad italiano, que cubría parte de una profunda cicatriz como de una cuchillada, que empezaba en la misma punta de la nariz y concluía en el nacimiento del pelo, de la que recibía su rostro, nada noble de por sí, cierto aire maton, que armonizaba muy bien con una daga y un puñal pendientes de su cinturón, y con dos ojos de mirada torcida y descarada.

Su entrada en la hostería produjo dos exclamaciones de satisfaccion de dos impacientes que renegaban de su tardanza.

Estas dos exclamaciones fueron lanzadas á la par por Blasa y el judío: ambos esperaban al mismo sugeto.

El susodicho atravesó la sala dando y recibiendo apretones de manos, y se dirigió en seguida hácia el mostrador, donde le aguardaba la sonrisa mas dulce y elocuente que se ha dibujado jamás en los labios de una hostelera, desde que existen las hosteleras y las sonrisas.

— Buenas noches, compadre, dijo el bravo saludando al marido mientras miraba á la mujer.

Lúcas le contestó con un vaso de aguardiente que fué apurado de un sorbo.

— Mucho habeis tardado esta noche, señor Jacobo, le dijo Blasa bajando la voz y queriendo arrugar el entrecejo.

— No ha sido mia la culpa, contestó el interpelado con ronco acento, trabajado por el uso de las bebidas alcohólicas; y si antes no he venido á mirarme en los ojos de una buena moza, no ha sido por haberme estado holgando ni divirtiendo.

— ¿ Quereis pasar adentro y hablarémos un instante?

— Con mucho gusto lo haria si no viera en aquella mesa cierto compadre judío que está haciéndome señas, y que probablemente tendrá que darme algunos escudos que ganar.

— ¡ De manera que apenas habeis llegado y ya me abandonais!..... No es esa partida de hombre enamorado.

— ¿ Y de dónde habeis sacado vos, encanto de mis sentidos, que un hombre enamorado haya de prescindir de los escudos? Ea, no os aflijais por una tontería, que luego hablarémos todo lo que os acomode: voy á ver qué clase de negocio tiene que proponerme Isaac, y cuando concluya vendré á consolaros.

Toda esta escena habia pasado sin que Lúcas aparentase oír á quien tan descaradamente requiebraba á su mujer.

Sin duda el hostelero era un marido de buena pasta.

En cuanto al maton, fuéese derecho á Isaac, y con cierto aire de respeto, le dió las buenas noches.

— ¡Diablo y cómo os haceis esperar! dijo el hebreo.

— No sabia que estuvieseis aquí, señor Isaac; pero pues he venido, ya podeis decirme lo que os ocurre.

El judío miró en torno de sí como quien no quiere ser oído de nadie, y al ver al sacristán hizo un gesto de desconfianza: este, que aparentaba dormir, dió un estrepitoso ronquido capaz de tranquilizar al hebreo mas desconfiado.

Isaac cayó en el garlito.

— ¿Y bien? le dijo el maton invitándole á hablar.

— ¿Conoceis á D. Juan de Mondejar? le preguntó el judío con maliciosa sonrisa.

— Ya sabeis que hace mucho tiempo he visto su cara de comadreja.

— Segun he llegado á oír, prosiguió Isaac con intencion, creo que no os pesaría verle clavado en la pared lo mismo que un murciélago.

— ¡Ira de Dios! contestó el maton dando tan fuerte puñetazo sobre la mesa que hizo caer dos botellas.

— No manifesteis vuestra cólera de una manera tan inconveniente; é Isaac calculaba en su interior cuánto tendría que pagar por el arranque del maton.

— Si encontrase yo á ese tunante, que se hace llamar D. Juan y enamora á las damas, entre dos de mis muchachos en una encrucijada á propósito, juro por los ayunos de un santo que habia de ver cuántas gotas de sangre pueden salir del cuerpo de un hombre por una buena estocada en el corazon.

Isaac se sonreía con placer; el sacristán preludió otro ronquido.

— Pues bien, dijo el judío, acaso dentro de breves instantes pueda yo proporcionaros ese gusto.

— ¿Hablais de veras, señor Isaac? preguntó Jacobo, acariciando la empuñadura de su daga.

— Os aseguro que no me chanco en este momento; pero es necesario proceder con calma y de comun acuerdo.

Los dos pesonajes se acercaron mas.

— Tanto como á vos me interesa su muerte, ó acaso mas; y aun cuando al deshaceros de él, no haceis mas que proporcionaros un buen rato, quiero, sin embargo, poner precio á su vida. ¿En cuánto la estimais?

— Vos lo habeis dicho; yo mato á ese hombre por vengarme.

— Pero cuando esa venganza puede valerlos algunos escudos.....

— No hablemos de dinero, y decidme pronto dónde está ese miserable, dijo Jacobo levantándose muy resuelto.

— Calma, querido, no os precipiteis, contestó Isaac con espresion melosa y entornando los ojos; ese hombre ha llegado esta noche á Madrid, y debe partir, segun creo, al ser de dia. Ya sabeis que cuando viene por pocas horas, se hospeda en esta casa, y tal vez ahora mismo esté preparándose para disfrutar algunos minutos de sueño.

— Adelante.

— Es necesario hacerle salir á la calle con cualquier pretexto, y luego.....

— De mi cuenta corre lo demás, le interrumpió Jacobo sonriéndose con malicia.

— Pero os advierto, amigo Jacobo, que yo quiero presenciar la escena sin ser visto hasta que lo juzgue oportuno.

— No hay inconveniente, y aun si quereis, podeis darle el golpe de gracia.

— No, á fé; ya sabeis cuánto me repugna la sangre. Lo que tambien deseo es, que tan luego como hayais despachado vuestro cometido, me dejéis solo con él por breves instantes.

— Clávele yo mi daga en el corazon cuando esté atado de piés y manos, despues de haberle escupido en la cara, y luego haced lo que os diere gana.

(Se continuará).

HISTORIA ILUSTRADA DE LA GUERRA DE ÁFRICA

CONTINUACION
DE LA CUESTION DE MARRUECOS.

El estado de ansiedad en que se hallaba la nacion entera, hasta saber si el gobierno marroquí daba las satisfacciones exigidas, duró aun algunos dias. No trataremos de referir las noticias muchas veces contradictorias que circularon en aquellos dias, porque ellas solas bastarian para llenar un espacio mayor que el que nos permiten los estrechos límites de este artículo; además, estas noticias no tenian en general mas fundamento que rumores vagos ó comunicaciones que no merecian entero crédito.

Algunos periódicos de la capital habian insertado una carta escrita desde Paris al periódico inglés el *Times*, en la que se decia que el gobierno inglés se habia ofrecido á obtener del de Marruecos cuantas satisfacciones justas reclamase España: la prensa de la oposicion dedujo de aquí que el general O'Donnell habia aceptado la mediacion de la Gran Bretaña; pero la *Correspondencia de España* del 20 de octubre decia que esto era inexacto, y que si el ministro inglés residente en Madrid habia hecho alguna oferta de mediacion amistosa en la cuestion con Marruecos, tuvo ocasion de convencerse desde luego que los ministros españoles estaban resueltos á no admitir mediacion de ninguna especie, por amigo que fuera el gobierno que se brindara, en desavenencias que afectaban á la honra y á la dignidad del país.

El *Journal des Debats* de Paris, ocupándose de esta cuestion, decia que no podia creer que desagradase á Inglaterra la actitud de la España, pues el que una casualidad la hiciera dueña de una fortaleza española, no es una razon para que España deje de vengar sus agravios; y concluia diciendo, que si, como garantía de cumplimiento por parte de Marruecos, retenia España alguna prenda, Francia no lo estrañaria, y mucho menos podia oponerse á ello la Inglaterra.

La *Patrie de Paris* publicaba un artículo interesante sobre la misma cuestion, y del que traducimos los siguientes párrafos:

«El *Daily News* aseguraba que si Marruecos se conformaba con los consejos de lord Russell, satisfaria las exigencias de España. Es decir, que el gabinete de Lóndres aconsejaba al Sultan la concesion de las reparaciones exigidas por la Es-

paña. Este paso del gobierno inglés era el reconocimiento implícito, pero inequívoco de las ofensas del gobierno de Fez, de la justicia de las quejas del de Madrid, de la legitimidad en derecho de la expedicion preparada por el general O'Donnell, y de la imposibilidad en hecho de impedir esa expedicion.

«Estamos, por lo tanto, muy lejos de la tésis orgullosa del *Morning Chronicle*. El lord Russell ha comprendido que la libre y cristiana Inglaterra para poner á cubierto sus graves intereses de Gibraltar, obra mejor no tratando de imponer al pueblo español una mediacion malévola que este rechazaría, no negando á una nacion europea el derecho de castigar á agresores casi salvajes, y no oponiendo obstáculos por medio de la fuerza, y arriesgándose á producir las mayores desgracias al ejercicio regular de este derecho incontestable.» Despues de esto, se estendia en consideraciones sobre las probabilidades de que la guerra no se llevará á efecto, y sobre los juicios que se harian en ese caso, y añadia despues:

«España, dirán, sacará de esta esperiencia una nueva energia para el dia inevitable en que los rifeños vuelvan á dar motivo para una expedicion á Africa, y no se comprometerá como hoy á no conquistar territorio alguno. Mas resuelta, mejor preparada, y tan bien apoyada como hoy, vengará á su gusto el honor del leon de Castilla, creando despues en beneficio suyo, en la costa de Ceuta, un establecimiento que con razon podria llamarse la segunda llave del estrecho de Gibraltar. Esta es una de las oposiciones extremas; pero nosotros no creemos que la córte de Madrid pierda nada por aplazar sus legítimas represalias. Si ahora le dan satisfacciones suficientes, España se engrandece de dia en dia, los partidos se aquietan, su agricultura se desarrolla, su crédito se asegura, su industria progresa, su ejército, siempre heroico por el valor individual, se acostumbra á la disciplina y á las operaciones en grandes masas. Un país con semejantes condiciones, puede aplazar para mas adelante una cuestion tan grave. No porque algunos periódicos irreflexivos y oradores imprudentes hagan profesiones de fé mal sonantes, y tengan pretensiones que no están justificadas, debe el gobierno inglés, si no quiere hacerse pequeño, seguir en sus aventureros estravios á esos hijos perdidos de la pluma y de la palabra.

«Por último, cualquiera que sea el resultado de la insistencia de Inglaterra con el emperador de Marruecos, nosotros vemos, respecto á la situacion de España y Africa, garantías de seguridad para Europa y no motivos de inquietud.»

El 19 de octubre se celebró un Consejo de Ministros, en el cual se dió cuenta de los despachos recibidos de Tánger, y en los cuales el ministro del emperador daba á entender que, aunque estaba autorizado para tratar con España, no se creia, sin embargo, con bastantes facultades para hacer cesiones de territorio tan considerables como las exigidas por el gobierno español. El 20 se celebró otro Consejo presidido por S. M., y en él se dió cuenta de las últimas comunicaciones del ministro del Sultan, la cuales estaban escritas en términos evasivos y no en la forma precisa y concreta con que el ministro de Estado habia formulado las condiciones para un arreglo pacífico. El ministro del emperador solicitaba nuevo plazo

Un criado como hay muchos.



El señorito quiere que le limpie las botas y le cepille el gaban. ¡Va á salir á las ocho! son las siete! Colasa me está esperando; y lo primero es lo primero. Sobre que el señorito no se ha de levantar hasta medio día; sobre que tendría que

volverse á limpiar todo. Nada, nada. Que se aguarde si quiere. Mientras yo estaria quitando el polvo al gaban y barro á las botas, quién sabe lo que otros quitarian á Colasa. Al avio.

para pedir instrucciones á su soberano; pero el ministerio español se creyó en el deber de aconsejar á S. M. que, no siendo ya posibles nuevas dilaciones, y habiendo motivos para creer que las esplicaciones del gobierno marroquí no están dictadas por la mejor buena fé, habia llegado el caso de hacer retirar á nuestro agente consular y demás empleados, dejando una nota razonada de los agravios cuya reparacion se pedia, y de los esfuerzos hechos para obtenerla pacificamente. S. M. la reina cuyo espíritu generoso, nobleza de carácter y ardiente amor patrio todo el mundo conoce, aprobó todas las medidas propuestas por su gobierno, declarando además que si las necesidades de la guerra lo exigian, se dispusiera de todo su patrimonio, de todas sus alhajas, de todo cuanto posee, para emplearlo en los gastos de la guerra próxima. Despues de celebrado este Consejo, se le comunicaron al Sr. Blanco del Valle, por el telégrafo, las instrucciones para la nota que debia dejar en poder del ministro del Sultan al retirarse de Tánger.

El dia 21 el señor presidente del Consejo de Ministros, hizo en las Cortes una reseña de los trámites que habia seguido la cuestion, y concluyó presentando el programa de las satisfacciones exigidas á Marruecos que eran las siguientes:

Que el bajá de Tánger y Tetuan, en satisfaccion del agravio, viniera al frente de Ceuta á restablecer las armas de España en el mismo sitio en que fueron quitadas. Que las tropas del Sultan acompañasen al bajá y saludasen al pabellon español en desagravio de las ofensas que se le han hecho; que los reos del delito, á quienes el gobierno marroquí debia conocer, fueran llevados al frente de Ceuta á sufrir el castigo en el mismo sitio en que habia corrido la sangre española. Siendo preciso además marcar ciertas alturas y posiciones, se dijo al Sultan que nombrase dos comisionados, y que España nombraria dos ingenieros, que de comun acuerdo hicieran las nuevas limitaciones, tomando por base la sierra de los Bullones; pero como esta es muy estensa, se previno se hicieran en ella las limitaciones convenientes.»

El presidente del Consejo manifestó que el gobierno de S. M. habia quedado altamente sorprendido cuando el ministro del Sultan contestó á condiciones tan moderadas, diciendo que lo que se pedia era mucho y que no tenia facultades suficientes para esta negociacion, por lo cual tenia que consultar al emperador. A la concesion de un nuevo plazo se oponia la dignidad nacional y hasta el honor del gobierno y del país que habia dado ya pruebas de moderacion y de tem-

planza, concediendo tantos plazos y no aprovechándose del estado del Imperio marroquí, contestando de este modo á los que creian que un espíritu de conquista, mas bien que una reparacion justa era lo que motivaba la expedicion á Africa.

En consecuencia de la respuesta del ministro del Sultan á las reclamaciones del gobierno español, se manifestó al encargado de negocios que en ella habia algunas inexactitudes; que desde luego las relaciones quedaban rotas, y que la cuestion se ventilaria por la fuerza de las armas; por esta fuerza, última razon de los reyes y de los pueblos.

El presidente del Consejo dijo despues, que no nos lleva al Africa un espíritu de conquista; que no vamos á atacar los intereses de Europa; que vamos á lavar nuestra honra; que vamos á hacer ver á los marroquíes que no se insulta impunemente á la nacion española, y que irémos, si es preciso, á sus mismos hogares á buscar la satisfaccion, á exigir la indemnizacion de los sacrificios que la nacion ha hecho; en una palabra, á pedir con las armas en la mano la satisfaccion de los agravios hechos á nuestro pabellon, sin que nadie pueda tacharnos de ambiciosos, sin que nadie tenga derecho á quejarse de nuestra conducta, y que, firmes en nuestra razon y en nues-

Criados telegráficos.



—Tío Lila, hace tiempo que no se trabaja.
 —¡Cómo ha de ser! No tengo yo la culpa. Ayer salimos del Saladero.
 —Esta noche podemos hacer algo de provecho.
 —¿Pues?
 —El cuarto 3.º del núm. 4 de la calle de Leganitos nos está llamando.

—¿Avisó la criada?
 —Avisó. La familia está en el teatro; no ha quedado nadie en casa, y la muchacha estará fuera un par de horas.
 —Pues manos á la obra. El golpe es seguro. ¿Y las llaves?
 —Hoy me las ha traído el cerrajero.

tro derecho, confiaba en que el Dios de los ejércitos haría el resto.

Este lenguaje del presidente del Consejo en el primer discurso, arrancó vivas y aplausos unánimes y repetidos; pero el entusiasmo fué mayor aun en el segundo: en él manifestó que se hallaba profundamente conmovido como tenía la seguridad de que lo estaban todos los diputados presentes; dijo que dábamos á la Europa un espectáculo verdaderamente grande; que habíamos hecho callar nuestras disensiones de partido para no hacer oír mas que un solo grito que pide que la honra española salga pura é intacta, haciendo por ella todos los sacrificios necesarios. Despues dió gracias á los Sres. Gonzalez Bravo y Ayala por los sentimientos que habian manifestado en nombre de sus respectivas fracciones, y al señor Calvo Asensio por lo que habia dicho en nombre de la prensa; dió gracias tambien al Congreso entero y al pueblo español en nombre del ejército, y dijo que si S. M. le confiaba el mando de ese ejército, él por su parte no tendria mas mérito que el de haber conducido tales héroes al combate. Si hay faltas, dijo, la responsabilidad será mia; si hay triunfos, la gloria será para el

ejército. Manifestó tambien al Sr. Gonzalez Bravo que en la eleccion de los generales se habia prescindido de todos los colores políticos, porque no debia ser de otro modo; que allí acabarán todas nuestras miserias, no habiendo mas que españoles que sabrán plantar muy alto el pabellon español, y concluyó diciendo que espera que la guerra sea breve, para lo cual el gobierno hará todo lo posible; que este tiene confianza completa y absoluta, y cree ser en este momento el intérprete de toda la nacion; y por último, que cree y asegura que la España, hoy como siempre, no escaseará sacrificio alguno; que hará los que sean necesarios en hombres y en dinero para hacer ver á la Europa que aun podemos volver á ser lo que fuimos en nuestros mejores tiempos. Este discurso fué contestado por estrepitosos y prolongados aplausos, que indicaban que el gobierno en esta cuestion es verdaderamente el fiel intérprete de los sentimientos del pais.

El presidente del Consejo dió parte tambien de la declaracion de guerra en el Senado, donde fué acogida con aplausos entusiastas. Acto continuo se leyó una Proposicion firmada por los Sres. Calonge, Cantero, Bermudez de Castro y otros se-

nadores, en la que se decia que el Senado habia oido las esplicaciones del gobierno, y le ofrecia su auxilio para poner á salvo la honra y los intereses de la nacion. Esta proposicion fué aprobada por unanimidad en votacion nominal de 114 senadores.

La prensa periódica de provincias y de la capital elevó á S. M., por medio del presidente del Consejo, una esposicion respetuosa ofreciendo su mas constante y leal predicacion por todos los ámbitos de la monarquía en favor de la noble causa que lleva nuestro ejército á los campos del Africa.

La prensa de la capital manifestó en todos aquellos dias el vivo entusiasmo de que se hallaba animada á consecuencia de la declaracion de guerra. El *Clamor Público* decia que el gobierno marroquí comprenderá, aunque tarde ya, que el empeño que manifestaba el nuestro en resolver pacíficamente una cuestion de honra y porvenir nacional, no era motivado por impotencia, ni por falta de medios para vengar los ultrajes recibidos. La *Regeneracion* publicaba una carta del diputado Sr. Aparici y Guijarro, en la que, haciéndose cargo de la declaracion de guerra á Marruecos, decia que todos los diputado,

deben tener un solo pensamiento, una voz, y levantarse como un solo hombre para alegrar el corazón de S. M. y vigorizar, si es posible, el de sus ministros, clamando en voz tan alta que la oiga el mundo, que cuando se trata de su honra y de estender la santa fé de sus padres, España está y estará siempre pronta á ofrecer su último real, y á derramar la última gota de su sangre. La *Discussion* no se mostraba satisfecha de las palabras pronunciadas en el Congreso por el general O'Donnell. Las *Novedades* decían que el silencio con que fué escuchado el discurso del presidente del Consejo, significaba que el pueblo guerrero, acordándose de su pasado á vista del ultraje, habia abierto el pecho á los odios, y la voz de venganza corria de boca en boca, cautivando inteligencias y enardeciendo corazones. El *Diario Español* decia que está íntimamente persuadido de que el primer cañonazo que dispare en Africa nuestra artillería, será escuchado con aplauso por toda Europa; porque á todos inspira respeto una nacion que combate por su dignidad torpemente ultrajada. El *Dia*, al tratar de esta cuestion, decia, que una vez emprendida la guerra, no puede resonar en los ámbitos de la nacion mas que la voz *adelante*, que, repetida, bastará para que en aras de la patria se multipliquen sin cesar los actos de abnegacion, de generosidad y de desprendimiento en que todos rivalizan á porfia. El *Conciliador*, despues de quejarse amargamente del lenguaje que usan los periódicos ingleses al hablar de los asuntos de España, escita al gobierno para que ponga término á tales demasías, ó que modifique nuestras leyes en lo que tienen relación con dicho país. La *Epo-ca*, reflexionando sobre la declaracion de guerra, manifestaba que España podrá sostener con éxito, con sobra de dinero y de valor, la honra de su pabellon en Marruecos.

Segun un parte telegráfico de la *Correspondencia de España*, la guerra de España con Marruecos se tenia por indudable en París, y las simpatías en favor de España eran imponderables.

No es posible espresar el extraordinario entusiasmo que produjo en todas las provincias de España la declaracion de guerra: en algunos puntos hubo hasta iluminacion y demostraciones públicas. Tampoco es posible referir las ofertas que se hicieron al gobierno por militares de todas categorías, algunos de los cuales estaban retirados del servicio militar hacia ya años. El gobierno, entre tanto, seguia en sus preparativos, enviando nuevas tropas á los puntos donde debian reunirse las fuerzas para la expedicion, habiendo nombrado en aquellos dias al conde de Reus jefe de la division de reserva.

Las últimas noticias de las fronteras francesas por parte de Marruecos daban cuenta de algunos movimientos militares. La caballería que habia salido de Argel para tomar parte en las operaciones, habia llegado á Oran en buen estado. El general Martimprey, jefe del ejército expedicionario del Oeste, habia llegado á Tlemcen. Los Beni-Yuassen, reunidos en número considerable en las alturas que hay frente al reducto de Kis, se mantenian en la defensiva. El general Durrieu se hallaba en Bar-el-Ain de los Beni-Mathous, persiguiendo á los Mahias en union con el comandante del *Colon*. Se esperaba recibir de un momento á otro noticias de las operaciones del

general Martimprey, que habia estado el 17 de octubre en Nemours, y que debia establecer su cuartel general en Touly el dia 25. El pago de la contribucion de guerra por las tribus argelinas sometidas últimamente, se continuaba sin dificultad.

El estado sanitario de Algeciras no era satisfactorio, pues con alguna frecuencia se presentaban casos de cólera. Una de las victimas fué el comandante de Estado mayor, Sr. Latorre, el cual habia sido elegido por el gobierno para la difícil y peligrosa comision de levantar los planos del país enemigo y preparar los proyectos de ataque, desempeñando su tarea con tal acierto, que mereció el aprecio del ministro de la Guerra. Hallándose ya de vuelta en Algeciras fué atacado por el cólera, de cuyo mal murió muy en breve. El Sr. Latorre estaba propuesto a S. M. para el grado de coronel y una encomienda de Carlos III.

Nuestro cónsul continuaba en Tánger el 24 de octubre: la causa de su permanencia era el temporal que le impedia atravesar el estrecho de Gibraltar.

Por aquellos dias corrieron voces que suponian al Sultan resuelto á dar todas las satisfacciones exigidas por la España; mas estos rumores no tenian fundamento: pero aun cuando hubieran sido ciertos, no era de esperar que el gobierno accediese á ellos despues de trascurrido el plazo que se habia fijado; y despues de estar declarada la guerra, era preciso para llegar á una solucion pacífica, hallándose ya en este estado, que un enviado oficial del Sultan, reconociendo este su culpa, viniera á pedir la paz á los piés del trono de la reina de España.

Tambien se dijo, y esto parecia posible, que el cónsul inglés en Tánger habia solicitado del nuestro en el mismo punto, que se le manifestase, si era posible, los puntos de Marruecos que habian de atacar las tropas españolas con objeto de disponer la salida de los súbditos ingleses que no quisieran sufrir las consecuencias del bombardeo.

Las correspondencias de Tánger decían que todos los europeos se apresuraban á emigrar; los cónsules con sus familias y los dependientes de sus respectivos consulados se disponian á pasar á bordo de los navios de guerra ingleses y franceses anclados en el puerto. Segun una de las correspondencias de dicha plaza, Mr. Jorge Brown, cónsul de los Estados-Unidos, se disponia para marchar á Gibraltar con su equipaje, caballos, etc., etc. Otra carta decia que Muley-Abbas, hermano del emperador actual, era esperado en Tánger con treinta mil hombres. Tambien se decia que el encargado de negocios de Inglaterra iba á embarcarse en uno de los buques de guerra que quedaban en aquel puerto.

El *Gibraltar Chronicle* decia, hablando de la guerra, que las condiciones puestas por la España eran inadmisibles; que ningun Sultan de Marruecos podia acceder á la desmembracion de territorio exigida por el gobierno español, y que en caso que accediera, seria dudoso que se conservara la paz, porque esta concesion costaria el trono al Sultan.

Las correspondencias de Ceuta decían que la guerra con España era llamada por los moros la *guerra santa*, por cuya razon era muy popu-

lar: dicha correspondencia decia tambien que los moros compraban á cualquier precio las armas y municiones que se les presentaban.

El gobierno español estaba altamente satisfecho al ver que la declaracion de guerra habia sido acogida en toda la nacion con un grito unánime de satisfaccion y aplauso; todas las clases de la sociedad habian dado pruebas de que el espíritu nacional, de que la nobleza incontestable de la nacion española, no se habian estinguido con las guerras civiles, ni con las mezquinas divisiones de partido; habian demostrado una vez mas, que cuando se trata del honor nacional, callan todos los resentimientos particulares, y que en estos casos, la España se despierta, por decirlo así, de su letargo, para volver á ser lo que era en otros tiempos, cuando, segun la expresion de entonces, el sol no se ponía nunca en los dominios españoles.

El señor conde de Parsent, haciendo alarde de los sentimientos nobles que abriga todo español en las circunstancias actuales, dirigió una invitacion á la grandeza escitándola á ayudar al gobierno en la guerra con Marruecos, con un donativo digno de la nobleza española, que hiciera mas llevaderas las cargas de la guerra: S. M. la reina daba el ejemplo de patriotismo y de desprendimiento, en el último Consejo de Ministros, celebrado bajo su presidencia, diciendo: «Que se tasen y vendan todas mis joyas si es necesario, para el logro de tan santa empresa; que se disponga sin reparo de mi patrimonio particular para el bien y la gloria de mis hijos; disminuiré mi fausto, una cinta sencilla estará mejor en mi cuello que esos hilos de brillantes, si ellos pueden servir para defender y levantar la fama de nuestra España.» El señor duque de Osuna, segun noticia dada por un periódico, se ofrecia á sostener por su cuenta un batallon durante todo el tiempo de la guerra; un farmacéutico de Valencia hacia donacion de una cantidad considerable de hilas, vendajes y bálsamo para los heridos; un comerciante de Barcelona se ofrecia á hacer por su cuenta el transporte de una parte de las tropas que debian ir de España á Africa, y el conocido torero Cúchares hacia al ejército expedicionario un donativo considerable, consistente en reses de ganado lanar, vacuno y de cerda. La ciudad de Zamora ofrecia sostener por sí 100 hombres durante el tiempo de la guerra; en una palabra, el gobierno recibia por todas partes pruebas de que la nacion veia con satisfaccion una guerra emprendida por tan noble causa, y que está dispuesta á manifestar por sus hechos los sentimientos heroicos de que se halla animada cuando se trata de cuestiones que afectan á su honra.

M. A. DE ERRO.

ESTUDIO SOBRE LOS HABITANTES DE MARRUECOS.

En la actualidad, á consecuencia de sucesos que conocen nuestros lectores, España se apresta á vengar, con el ánimo resuelto que no han podido mellar años continuados de luchas intestinas, los agravios inferidos á nuestra nacionalidad por los moros, que se han atrevido en hora menguada á insultar de nuevo á los que en mil combates les dieron, en épocas pasadas, pruebas

potentes de su heróico valor. Nuestros soldados y marinos anhelan el momento de medir sus armas con las hordas que dependen del emperador de Marruecos, y las manifestaciones mas patrióticas y dignas de encomio, vienen á probar de una manera elocuente, que no han muerto en España los sentimientos patrióticos que siempre han distinguido á sus habitantes. Mientras llega el dia del combate, que lo será igualmente del triunfo, creemos que nuestros lectores leerán con vivo interés un breve estudio escrito por Mr. Cortambert, sobre los habitantes de Marruecos, cuyos tipos principales representa la lámina que publicamos en la página 736.

Los berberiscos, los árabes, los moros, los judíos y los negros pueblan el imperio de Marruecos. La principal fraccion berberisca, denominada *Chelleuhs*, la componen pastores y labradores. Los árabes son en su mayor parte beduinos, es decir, que viven alejados de las poblaciones en los pastos y desiertos, cuidando de los rebaños. Los moros pueblan las ciudades y son corrompidos descendientes de los árabes y de otras poblaciones; son avaros, disipadores, cobardes, sanguinarios, vengativos é indolentes; su sangre mestiza se manifiesta en el color de sus semblantes, menos tostado que el de los árabes. Los judíos pueblan en gran número el imperio de Marruecos, á pesar del trato ignominioso de que son víctimas; con tal de allegar los beneficios que el comercio y la industria les procura, se humillan ante las exigencias del gobierno marroquí y hasta consienten en que se mellen sus sentimientos religiosos. Los negros, por último, constituyen la masa principal del ejército del imperio, y son temidos, cual merece serlo una soldadesca brutal mandada por jefes crueles é igno- rantes.

Los marroquíes tienen de sí propios una alta idea: al igual de todo pueblo alejado de la civilización, creen que ocupan el primer lugar entre las naciones; desprecian á los europeos y los tratan como bárbaros; para ellos no existe otro dominio que el de la fuerza física, y el despotismo los ha humillado á tal extremo, que para ellos son nombres vanos los del honor y la libertad. El fatalismo profundamente grabado en sus almas, es causa de que jamás se desesperen, por grandes que sean los infortunios que padezcan, y sufren resignados la miseria, sin intentar sustraerse á su influencia, porque creen alcanzar en lo porvenir vida mas próspera. Puede afirmarse que pasean con orgullo sus harapos, y como la policía, por orden superior, debe denunciar á la gente acomodada, las calles se encuentran llenas de una multitud de individuos que hacen gala de su miseria, siendo las denuncias, á las cuales nos hemos contraído, y que constantemente amenazan á los marroquíes, causa de la apariencia miserable que ofrece el imperio. Sucede con frecuencia que un albornoz usado por el padre de una familia en el trascurso de veinte ó mas años, pasa despues á formar parte del traje de los hijos, durante una época quizás mas prolongada que aquella. Si se nota algun signo de mejora en la condicion de las familias, se despiertan las sospechas fiscales, y á estas sigue en breve la prision; por ser así, todos procuran vivir lo mas miserable que les es posible. A este propósito, escribe Mr. Snider-Pellegrini: «En las casas no

encontrais muebles; la carne no luce en ninguna mesa, y todos los habitantes viven descalzos; pero, á pesar de estas apariencias, puede asegurarse que poseen riquezas los que de tal suerte viven.»

El emperador es el heredero legal de todos los ciudadanos: al morir un individuo los soldados penetran en su domicilio y se apoderan de cuanto existe en él, y la familia queda sin recurso alguno, si el muerto no ha tenido la precaucion de ocultar cuidadosamente su fortuna: acontece muchas veces que la familia ignora el sitio en el cual se ha efectuado la ocultacion, y en este caso la miseria es su único porvenir. Hay una razon poderosa para que ocurra con frecuencia este caso, pues segun lo que hemos manifestado, es indudable que si algun marroquí cometiese la imprudencia de divulgar el sitio en el cual ocultaba sus riquezas, al saberse por la policía, no solo se las arrebatarian, sino que seria víctima de tormentos y suplicios crueles.

Pocos son, pues, los habitantes del imperio que no ocultan en el seno de la tierra sus riquezas, siendo grande el número de los que mueren sin poder explicar á sus familias el escondido rincón en que yacen sus tesoros, y en vista de estas apreciaciones, hay quien, basándose en hipótesis admisibles, aprecia en 8,000 millones de reales la suma total de las cantidades perdidas, quizás para siempre, en el territorio del Imperio.

Los moros que pueblan á Marruecos, por una supersticion increíble, veneran á ciertos personajes verdaderamente antipáticos, que denominan *Santones*. Oigamos lo que escribe Mr. Cotte respecto á este particular: «Son los *santones* individuos miserables y repugnantes que en gran número circulan por las poblaciones, y en particular, por los cementerios; el aspecto patibulario, tanto de los hombres como de las mujeres, todos vestidos con harapos repugnantes, indica que han descuidado constantemente los cuidados y las exigencias de la limpieza mas vulgar y comun. Para conseguir que se inscriba el nombre de un individuo cualquiera en el catálogo de los santones, es suficiente que sea ó demuestre ser loco, idiota, ó imbécil, designándose igualmente con el mismo epíteto á algunos fanáticos que han llamado sobre sí la atencion pública por hábitos y costumbres singulares.» Todos se consideran dichosos en poder cuidar y mantener á los santones, considerados como oráculos. En esta clase de veneracion, que podemos denominar estúpida, se descubre la mano de la Providencia, que logra de esta suerte que los desgraciados y pobres de espíritu encuentren tierna solicitud en medio de un pueblo salvaje y fanático.

La situacion de los judíos que pueblan el imperio de Marruecos, es bien desgraciada, segun hemos manifestado anteriormente: sus humillaciones y tormentos no reconocen límite: se les ha prohibido que escriban y lean el árabe, porque se les considera indignos de leer el Corán. Tampoco se les permite que monten á caballo, ni que puedan sentarse con las piernas cruzadas, segun la usanza musulmana; se les insulta en sus templos, en cuyo recinto pueden ser apaleados; en las calles los muchachos los injurian, les escupen y arrojan el lodo al rostro, y si desgraciadamente se atreven á castigar tales insultos, se exponen á la furia del populacho. Al cruzar ante

una mezquita, si no quieren experimentar severos castigos, tienen que descalzarse y pasar ante el templo con todas las apariencias de una humildad profunda. Un moro si dirige apóstrofes injuriosos á un judío, y este le contesta en tono agresivo, sin necesidad de recurrir al cadí, es casi seguro que terminará la reyerta por el asesinato del judío. Cualesquiera que sean los improprios que á estos se dirijan, no tienen otro remedio los infelices que contestar con deferencia y humildad, por brutal que sea el individuo que los insulte.

A pesar de tantas humillaciones han conseguido los judíos hacerse dueños de todos los negocios comerciales, y ocupar algunos puestos importantes en el imperio; y este hecho, por anómalo que parezca, se explica por el carácter indolente de los moros, que no tienen ni constancia, ni ardor bastante para desempeñar los empleos que exigen continuado trabajo y vigiliias constantes. ¿Qué puede prometerse de un pueblo que cree noble y meritoria la holganza, y que trata como mercenarios á los judíos, diciendo que solo las almas viles se doblegan al trabajo!

SECCION RELIGIOSA.

SOBRE EL RITO MOZARABE.

No se sabe á punto fijo la época en que se introdujo en España la fé cristiana, y por consiguiente no se puede decir cuál es la forma de su mas antigua liturgia. El cardenal Jimenez de Cisneros, despues de examinar una porcion de manuscritos góticos, tuvo el pensamiento de salvar de la ruina de que la veia amenazada la liturgia Gótico-Mozarabe. Al celo y la generosidad de este grande hombre, se debe el que no se haya perdido desde luego hasta la memoria de este rito que por tantos siglos fué el rito de la España. Curioso será para los lectores de la LECTURA PARA TODOS el saber lo que hay de cierto en este rito, que desapareció en la época de la conquista de la España por los visigodos al principio del siglo v. Es sabido que aquel pueblo conquistador trajo consigo á España la herejía Arriana, y con ella una liturgia oriental y de carácter griego, que no tardó en comunicar á los habitantes de los países que habian sometido con sus armas. Sea que esta liturgia gótica no llevase en si ninguna alteracion Arriana, ó que no estuviese infiltrada en el veneno de la herejía, sea, por último, que los españoles no tuviesen la fuerza necesaria para resistir á la intolerancia de sus nuevos señores, tan dados á la persecucion, lo cierto es que esta liturgia, de origen griego, se mezcló en diferentes grados con el rito antiguo de tal manera, que, mezclados entre sí, aunque el latin sirviese de instrumento, quedó predominante el carácter oriental.

Otra mudanza experimentó tambien la liturgia española cuando á fines del siglo vi se convirtieron al catolicismo los reyes visigodos. Sisenando, en 633, celebró el cuarto Concilio de Toledo, y allí los obispos españoles presididos por san Isidoro, arzobispo de Sevilla, resolvieron poner fin á la variedad y diferencia de ritos en España, introduciendo en todo el reino una sola y única liturgia, una misma salmodia. Para conseguir este objeto debian todos los obispos, en lo sucesivo,

poner en manos de cada sacerdote al tiempo de su ordenacion un ritual al que debian conformarse estrictamente en el ejercicio de sus funciones eclesiásticas. Es muy posible que san Isidoro, el mas célebre de los obispos españoles en aquella época, interviniese él mismo en la redaccion de aquella liturgia comun, y formase el nuevo ritual tomando lo conveniente de los antiguos, y arreglándolo segun su buen juicio y parecer. De aquí ha nacido el que este misal lleve el nombre de san Isidoro, y que muchos autores hayan creído que compuso uno enteramente nuevo.

Esta nueva liturgia gótica con su carácter griego y su redaccion latina, se puso pronto en uso en toda la España con exclusion de las demás. Se sostuvo su dominio, sin que pudiera impedirlo la nueva liturgia gregoriana establecida en aquella misma época, y permaneció dominando hasta la conquista de la España por los árabes. Entonces y despues de la batalla del Guadalete, donde pereció la nacionalidad goda, el resto de los españoles que no quisieron doblar su cerviz al yugo de los vencedores, se retiró á las montañas de Astúrias para fundar allí una nueva monarquía y salvar la libertad española. Los que se sometieron á los moros obtuvieron el libre ejercicio de su religion, y se les dió el nombre de *Mozárabes*, es decir, *Mixtiárabes*, gente mezclada con los árabes, y su liturgia recibió el nombre de *Mozárabe*, *Mozarábica*, *Mozarábica* ó *Miscearábica*.

En tanto que los Mozárabes viviendo en las ciudades conquistadas por los moros, practicaban, en uso de las capitulaciones que se les habian concedido, su religion, si bien á puerta cerrada, sin signo exterior en sus templos y sin el tañido de las campanas, los españoles que habian querido libertar su patria comenzaban á fundar una nueva monarquía, y bajando poco á poco desde las montañas de Oviedo, reconstruian el reino de Leon, arrancaban á los árabes el país conquistado trozo á trozo, y llegaron por fin á conquistar hasta Toledo, la antigua capital de los godos, apoderándose de ella en 1084.

En aquel tiempo se verifica un gran cambio en la liturgia de los españoles libres. Alejandro II y Gregorio VII obtienen, por medio de sus legados apostólicos Hugo Cándido y el cardenal Richard, la sustitucion del rito gregoriano al antiguo rito de los godos. Alfonso VI de Castilla, dominado por el ascendiente de su mujer Constanza, francesa, acostmbrada al rito gregoriano, le aconseja que adopte aquel rito, y el rey, dócil á sus consejos, pide á Gregorio VII que le mande un legado con omnimodos poderes para reformar las ceremonias del culto. El clero castellano, reunido en el Concilio de Búrgos en 1076, acepta las mudanzas establecidas en la liturgia, y admite tambien las leyes de Gregorio VII concernientes al restablecimiento del celibato eclesiástico: gran medida que dió inmensa influencia al clero, porque desde aquel momento este se presentó á la faz de los pueblos con la pureza de costumbres, y desprendido de todos los cuidados mundanales y de la familia, y dispuesto á consagrarse á los intereses de los demás y de la religion.

Algunos años despues, se trató de sustituir el rito gregoriano al rito mozárabe en Toledo, que acababa de ser conquistado, y un Concilio convocado en la antigua capital de los godos en 1088,

decretó aquella mudanza; empero se alzó una violenta oposicion por parte de los afectos al rito mozárabe. Fué necesario recurrir á un duelo y al juicio de Dios para decidir qué liturgia habia de tener la preferencia. El campeon del rito nacional del antiguo rito mozárabe, el caballero Juan Ruiz triunfó; empero el rey Alfonso hizo que se acudiese á la prueba del fuego. Arrojadados á las llamas en medio de un fuego devorador los dos misales que contenian el rito gregoriano y el rito mozárabe; en medio del aplauso, en medio de la alegría del pueblo de Toledo, el rito de los mozárabes permaneció ileso y respetado por las llamas, ínterin el otro se redujo á cenizas. Parecia que no debia haber duda alguna, y que el rito mozárabe debia continuar en la posesion en que estaba de dominar en la iglesia española por tantos siglos; empero su pérdida estaba decidida por el rey, y á pesar de las pruebas y del juicio de Dios, Alfonso dió el triunfo al rito gregoriano. Desde entonces nació en España el adagio que tristemente han confirmado los sucesos de tantos siglos, de «*Allá van leyes, do quieren reyes.*»

No podia, sin embargo, desaparecer del todo el rito mozárabe: tampoco podia tolerarse la existencia simultánea de las dos liturgias. El oficio mozárabe se toleró en Toledo, y únicamente en las seis parroquias de san Justo, san Lúcas, santa Eulalia, san Márcos, san Torcuato y san Sebastian, parroquias que habian existido durante la dominacion árabe; pero en las demás iglesias de Toledo y en las demás ciudades y localidades se introdujo el rito gregoriano.

A medida que se iban estinguendo las familias mozárabes, ó que por su alianza con otras perdian el apego á sus antiguos ritos, iba ganando terreno la liturgia gregoriana, y así es que llegó á establecerse hasta en las seis mencionadas parroquias, y solamente la liturgia mozárabe se usó en ciertos dias solemnes poco numerosos, y como un recuerdo histórico.

Iba á desaparecer el rito mozárabe completamente, cuando el cardenal Jimenez de Cisneros, ese hombre grande, ese arzobispo de las grandes empresas, se encargó de salvarle del abismo del olvido en que iba á sumirse. Recogió todos los buenos manuscritos de aquella liturgia, los hizo revisar por el entendido y sábio canónigo Alfonso Ortiz y otros tres curas de las parroquias mozárabes; reemplazó los caracteres de la escritura gótica, no la lengua gótica, por los de la escritura castellana, y se gastó grandes cantidades en imprimir un gran número de misales y breviarios mozárabes por medio del célebre genovés Melchor Gurriz, establecido en Toledo. Para asegurar el porvenir de la liturgia mozárabe, levantó en su catedral una magnífica capilla, y fundó en ella un cabildo de trece sacerdotes, que se llamaron *Mozárabes Sodalés* ó capellanes, poniendo á su cabeza un capellan mayor. Debía este cabildo celebrar todos los dias la misa, y tener las horas canónicas segun el rito mozárabe, y les reservó la presentacion de las seis parroquias mozárabes. Puso su fundacion bajo la especial proteccion del cabildo catedral de Toledo. Otros obispos siguieron despues su ejemplo en el siglo XVI, é hicieron semejantes instituciones en Salamanca y en Valladolid: por Patricio Maldonado de Talavera, la primera; y la segunda, por Pedro Sasca, obispo de Murviedro. Se han

perdido y han caído en desuso estas dos fundaciones. Solo resta la de la catedral de Toledo. En el reciente Concordato celebrado despues de los sucesos de la revolucion política porque ha pasado la España, es uno de los artículos terminantes del Concordato de 1851 la conservacion de la capilla mozárabe de Toledo. Así, pues, todavía se conserva ese monumento del culto de nuestros padres en esta época en que van desapareciendo las antiguas tradiciones, y caen al suelo convertidos en polvo monumentos que parecian desafiar el trascurso de los siglos. ¡Gloria al gran cardenal Jimenez de Cisneros, á quien debemos el conocimiento que hoy tenemos de esta antigua liturgia tan venerable y tan profundamente edificante!

Son sumamente raros, y lo fueron ya a los diez años despues de la muerte del cardenal los misales mozárabes, costando ya entonces los mas baratos treinta ducados. Hoy, fuera de los pocos que se conservan en la catedral de Toledo, el curioso literato, el aplicado historiador que quiere consultarlo, necesita ir á buscar la liturgia mozárabe á las bibliotecas, en donde se encuentra alguna edicion, especialmente la última, hecha en Roma en mil setecientos cincuenta y cinco.

Ya que hemos emprendido el hablar de este curioso asunto á nuestros lectores, en el próximo artículo religioso de la LECTURA les explicaremos las diferencias que hay entre la misa comun y ordinaria, y la misa mozárabe.

EL CONDE DE FABRAQUER.

SECCION CIENTÍFICA.

LECTURAS CIENTÍFICO-INDUSTRIALES.

Las Segaderas-Mecánicas en el concurso de la Fougasse. — Breve indicacion respecto á la historia y á los resultados obtenidos con dichas máquinas. — Diferentes sistemas de segaderas. — Máquinas ó arados de vapor. — Principios que sirven de base á sus diferentes sistemas

Al terminar la *Lectura*, inserta en el número 45 de este SEMANARIO, nos propusimos probar la necesidad de que los progresos agrícolas marchasen de comun acuerdo con las prescripciones científicas, origen principal de aquellos. En prueba de este aserto indicamos las relaciones que mediaban entre la química y la agricultura. Fácilmente podríamos probar que la astronomía, la física, la mecánica, la historia natural y otras muchas ciencias, toman una parte activa en las operaciones industriales. Recordemos á este propósito las máquinas que hoy desempeñan, animadas por el vapor, los trabajos mas importantes de los campos, cual son el cultivo de los mismos y la siega de sus cosechas. Hace pocos años, muy pocos en verdad, que se ponía en duda, tanto que el vapor efectuase una revolucion agrícola, resolviendo con economia de tiempo y de dinero el problema del cultivo mecánico, como que los aparatos ensayados para efectuar la siega, llegasen á ser instrumentos admitidos y loados por los labradores mas refractarios á los perfeccionamientos que aquellos aparatos representan. Hoy felizmente si tendemos la vista á otros pueblos mas adelantados que el nuestro; si aceptamos la opinion de sociedades científicas de nombre eu-

ropeo, y lo que es mas, en vista del resultado de experiencias públicas que todos han podido presenciar, puede afirmarse que los dos problemas á que nos hemos referido, y de cuya solucion é importancia pensamos ocuparnos en el presente artículo, son dos hechos realizados, dos nuevas conquistas debidas á las ciencias aplicadas, á esas ciencias que, exentas de todo pedantismo, desnudas de fórmulas intrincadas y sin perder su dignidad y exactitud, constituyen y resumen con sus progresos y adelantos la historia de la época que transcurre, y las tendencias de la civilizacion que aquella representa.

A mediados de julio de este año se ha efectuado en Francia un gran concurso en una de las posesiones de la corona, denominada la Fouilleuse, al cual han concurrido todos los constructores, tanto de Francia como del extranjero, que han anhelado alcanzar los premios ofrecidos por el gobierno francés á todas las máquinas para segar hasta hoy imaginadas. Antes de ocuparnos de esta verdadera solemnidad agrícola, aplaudiremos desde luego la feliz idea que va estendiéndose en todas las esposiciones agrícolas, y que consiste en fijar un concurso especial para cada una de las diferentes máquinas; de esta suerte, se pueden establecer términos de comparacion entre los diversos aparatos, y determinar el mérito, valor y circunstancias especiales de cada uno de ellos. En la actualidad en que las múltiples y colosales construcciones que se acometen, elevan sin cesar el precio de la mano de obra y roban á la agricultura numerosos y robustos obreros, es urgente, aparte de otras razones que tambien lo aconsejan, procurar que la mecánica con sus inventos y aparatos supla, utilizando el esfuerzo de los caballos ó del vapor, la falta de brazos que se nota en los centros agrícolas.

La idea de efectuar la siega de los cereales por medios mecánicos, no es moderna: siglos hace que fué el intento de varios agricultores, segun se lee en libros antiquísimos; pero no es menos cierto que aquella idea y el medio de realizarla, ha dormido en el olvido por muchos siglos, hasta que en 1811 se principiaron á ensayar varias máquinas destinadas á segar el trigo y el centeno, que fueron abandonadas desde luego. En estos últimos años, los americanos volvieron á ensayar y á modificar las máquinas para segar, las cuales, en el de 1855, se introdujeron en Europa. Desde la época que acabamos de citar, tanto en Inglaterra como en Bélgica y en Francia, se han ido perfeccionando los aparatos que nos ocupan, y por lo mismo no es sorprendente que se hayan inscrito 45 máquinas para concurrir á los premios fijados por el gobierno francés.

Es de todo punto imposible describir, si quiera sea sucintamente, en un artículo como el que redactamos, la construccion de las diferentes segaderas-mecánicas que se han presentado en el concurso de la Fouilleuse; pero pueden dividirse desde luego en varios tipos: en unos efectúan los haces ó manojos por sí mismas las máquinas, y en otros, es preciso el concurso de varios obreros para desempeñar dicha operacion. Existen segaderas que empujan los caballos, las cuales hasta la actualidad no han ofrecido resultados prácticos admisibles, y otras que son arrastradas por las caballerías, que es el sistema preferido por todos los labradores. Esta última clase de sega-

deras se subdivide, por último, en máquinas de dos ruedas, cuya traccion efectúan dos caballos, y en aparatos de una sola rueda, puestas en movimiento por un solo caballo: las de la primera categoría son de origen americano, habiéndose aceptado en Inglaterra; y las de la segunda, de origen francés, son, segun nuestra opinion, las que deben aclimatarse en España.

El gran premio ofrecido por el gobierno francés á el mejor sistema de segaderas mecánicas, lo han obtenido los constructores ingleses Burgess y Key, despues de un detenido exámen y de un estudio práctico y comparativo entre todos los aparatos que se presentaron en el concurso. Dicha segadera, tirada por dos caballos, corta el trigo, segun una faja, de 1^m 70 de ancho, dejando dispuestas las espigas cortadas en andenes, tan regulares como paralelos. El aparato, por su poco peso, no fatiga á los caballos, y todas sus operaciones solo exigen el concurso de dos operarios: uno para conducirla, y otro para vigilar el juego de sus mecanismos. Es imposible formarse una idea de los frenéticos aplausos y del entusiasmo con que todos los labradores que presenciaron el trabajo de la segadera de Burgess y Key celebraron la prontitud, regularidad y constancia de sus operaciones. Digamos antes de terminar este párrafo, que la máquina que nos ocupa, por el empleo de un aparato especial, puede cortar los cereales á alturas diferentes del nivel de la tierra. El precio de la segadera laureada es de 1,062 francos.

Las segaderas mecánicas que fueron premiadas despues de la de Burgess y Key, han sido: en primer lugar, una de M. Mazier, montada sobre dos ruedas y puesta en movimiento por un solo caballo: esta máquina es muy inferior á la que ha alcanzado el gran premio, y su precio, de 1,050 francos, es muy elevado. Por su sencillez y sólida construccion se captó el aprecio de los asistentes á las experiencias de la Fouilleuse, mereciendo una medalla de oro por parte del jurado, una segadera construida por M. Lallier, cuyo precio no escede de 700 francos. Otras varias segaderas mecánicas han alcanzado igual distincion que la de M. Lallier, siendo creencia admitida por cuantos han presenciado las experiencias de que venimos ocupándonos, que si no se encuentra completamente resuelta la siega por el empleo de aparatos mecánicos, bajo su punto de vista económico, lo está en cambio relativamente á las condiciones técnicas á que han de satisfacer dichos aparatos, las cuales se irán perfeccionando sin cesar. Aplaudamos estos resultados ventajosos, y hagamos sinceros votos para que la agricultura española acepte y emplee los nuevos aparatos que le ofrece la mecánica industrial.

Pasemos á ocuparnos de los arados que pone en movimiento el vapor. Varios son los mecanismos que se han imaginado para efectuar este trabajo: en breves palabras manifestaremos los dos principios distintos que les sirven de base. Segun el primero de ellos, puesto en práctica por Mr. Fowler, la máquina de vapor que debe efectuar la traccion del arado, se fija en el centro del paralelógramo que forma el campo que va á labrarse; junto á la máquina de vapor existe un cabrestante, y por medio de una ingeniosa combinacion de poleas y cables de hilo de hierro, es-

tos, en virtud del esfuerzo de la máquina, efectúan la traccion del arado, al mismo tiempo que los cables se enrollan en el cabrestante unido á la máquina de vapor, el cual puede comunicar al arado dos movimientos en sentido contrario, segun requiere el trabajo de dicho arado, á cuyo efecto cuenta este con cuatro rejas en situaciones contrarias, puesto que, al funcionar en cualquiera de sus sentidos de traslacion, abre cuatro surcos á la vez.

El arado de vapor de Mr. Boydell, que es el otro sistema de los dos á los cuales nos hemos contraído al principio del párrafo anterior, es una máquina de vapor locomóvil ó de traccion, aplicada directamente al movimiento del arado. Dicha máquina marcha sobre trozos de rails ó carriles, unidos á las ruedas, segun una figura pentagonal, cuyos trozos van presentándose sucesivamente ante las ruedas á medida que esta efectúa sus vueltas; es decir, que para cada revolucion de aquellas, cinco trozos de rails que ofrecen una superficie notable, se van apoyando sobre el suelo, mientras que las ruedas giran sobre dichos trozos de carril.

JOSÉ CANALEJAS Y CASAS.

CRÓNICA ESTRANJERA.

Del estenso extracto que del tratado de Zurich ha recibido por telégrafo la *Agencia Renter*, lo mas importante es una parte del artículo 19, que dice así:

»Quedan reservados espresamente por las altas partes contratantes los derechos de los duques de Toscana, Módena y Parma. Por el artículo 18, ambos emperadores se comprometen á inclinar el ánimo del papa á hacer reformas en sus Estados.

El 20 se ocupa de la formacion de la Confederacion de Italia.

El *Courrier du Dimanche* dice que el retardo de la firma de los otros dos instrumentos del tratado de paz, depende de que la Francia exige del Piamonte una indemnizacion por los gastos de guerra, y de que se trata de obtener de este país la adhesion á los compromisos relativos á la Italia Central, que contrajeron el Austria y la Francia en Villafranca, es decir, el regreso de los duques.

La situacion del gabinete turco es tan embarazosa como antes de su reciente modificacion. Mas de 200 circasianos que iban emigrados á Constantinopla, han perecido en el mar por haber naufragado el buque que los conducia. El Sultán no se ha repuesto aun del mal efecto que le produjo la conspiracion, ni del que le causan los anuncios de nuevos trastornos en el Imperio.

El corresponsal de la *Opinione*, periódico de Turin, le anuncia que el duque de Módena, Francisco V, habia abdicado en favor del duque de Borbon, bajo la regencia de su madre, pasando Parma y Plasencia al Piamonte. Si el espresado duque ha abdicado realmente, claro está que reconoce en este hecho la imposibilidad de su restauracion.

Dias pasados salió de Milan el regimiento de Zuavos que se hallaba en aquella capital. Es imposible describir las tiernas escenas que hubo en

el acto de desfilar aquellos valientes que tantos laureles alcanzaron en Palestro, Montebello, Magenta, Malegnano y Solferino.

En el mismo día llegaron á Génova, en cuyo puerto deben embarcarse. Según el movimiento de tropas, parece que la Francia disminuye el número de las que conservaba en la Lombardia.

El *Daily News* refiere que Napoleón ha respondido á la comision toscana, que Parma y Plasencia pertenecerán al Piamonte; Venecia tendrá una administracion italiana, y Toscana una constitucion, con su antiguo soberano.

Se han recibido noticias muy graves de Constantinopla. Cuatro jefes de la conspiracion contra la vida del Sultán habian sido condenados á muerte. Esta sentencia produjo una terrible agitacion en todos los ánimos, y aparecieron numerosos pasquines, amenazando al gobierno con sangrientas represalias. En vista de esto, la ejecucion de los reos quedó suspendida.

El papa recibió dias pasados una noticia que ha causado gran disgusto á la córte romana: la noticia de haber sido presos por disposicion del gobierno provisional de la Romanía el obispo de Rimini y varios clérigos. Además de esto, las autoridades de Pésaro han interceptado correspondencias de emisarios, las cuales tenian por objeto escitar á la rebelion las provincias y tropas que aun obedecen la autoridad del papa.

El conde de Colloredo, representante del Austria en la conferencia de Zurich, ha sucumbido á un ataque de apoplejia. Anúnciase que el conde de Karoli ha sido nombrado en reemplazo de Mr. Colloredo, y en la citada ciudad se le esperaba de un momento á otro.

Una carta dirigida desde Rimini á la *Gaceta de Milan*, prueba que allí se miraban como inminentes las hostilidades en la Romanía. El ejército de la liga esperaba ser atacado, pero estaba pronto á combatir y lleno de esperanza, y sus fuerzas habian sido distribuidas de manera que podian concentrarse rápidamente sobre cualquier punto amenazado. La carta en cuestion termina con estas notables palabras:

«El único temor que experimentamos, es que el enemigo no nos ataque.»

Hablábase estos dias en Lóndres de la salida del ministerio, de Palmerston ó Russell, pues las cuestiones de España, Italia y del istmo de Suez han renovado su antiguo antagonismo.

Dice el *Norte* que, no pudiendo el gobierno turco procesar á algunos conspiradores de quince y diez y seis años de edad, mandó arrojarlos al Bósforo con una bala de cañon atada á los pies.

Los armamentos continúan en Italia: una linea de tropas modenenses, parmesanas, romañolas y toscanas se estiende por todo lo largo del Pó, teniendo en frente á los austriacos, á los modenenses del duque, y al ejército pontificio sostenido por el de observacion de Nápoles, fuerte ya de 30,000 hombres y escalonado en los Abruzzos.

El embajador francés queda encargado de la proteccion de los súbditos sardos en Roma, desde la salida de aquella capital del embajador de Cerdeña, á quien, como ya saben nuestros lectores, entregó sus pasaportes el gobierno pontificio.

Los prelados de Módena, Reggio y Guastalla, en abierta oposicion con el gobierno, han abandonado sus diócesis. En Parma, á pesar de la energia de Farini, no se encuentran testigos que

quieran declarar en el proceso que se instruye por el asesinato de Anviti.

Asegúrase que Prusia y Rusia están acordes en la restauracion de los duques, y en que no se emplee la intervencion armada. Pero es el caso que sin esta intervencion, aquella restauracion es punto menos que imposible.

En algunos círculos de París volvia á hablarse del duque de Leuchtemberg para un principado de Italia. ¡Cuanta oscuridad y contradiccion en las noticias relativas á este desgraciado país!

En Turin se ha celebrado una reunion de muchos diputados, para invitar al gobierno á acelerar y proseguir enérgicamente la obra de anexion de las provincias de la Italia Central. Sin duda, á consecuencia de este paso, se anuncia un nuevo y decidido impulso á la organizacion y á las obras de defensa de aquel país. Dicese ahora que las fuerzas militares acantonadas en la frontera no pasan de 20,000 hombres, y se añadia que el rey Francisco II habia desistido definitivamente de la idea de revistarlas.

Los austriacos han evacuado cinco pueblos del distrito de Gargano, junto al lago de Garda, y el entusiasmo de los habitantes era inmenso.

Nadie se explica el retraso que se advierte en la formacion del Congreso encargado de negociar la paz, despues de haberse manifestado que si la Inglaterra no tomaba parte en él, lo formarían las demás potencias.

Continúan siendo muy tristes las últimas noticias de Turquía. Los montenegrinos han vuelto á invadir el territorio turco, cometiendo mil atrocidades; y como si esto no fuera bastante, aparte del pánico que en todo el país ha causado el descubrimiento de la conspiracion de Constantinopla, en Alepo (Turquía asiática) se ha descubierto tambien un nuevo complot.

M. M. FLAMANT.

CRÓNICA ESPAÑOLA.

S. A. R. la serenísima señora infanta doña Amalia, princesa de Baviera, ha dado á luz un robusto príncipe.

—La *Gaceta* del día 20 de octubre ha publicado el pliego de condiciones bajo las cuales se ha de sacar á pública subasta la concesion de la línea férrea de Ciudad-Real á Badajoz.

—Por real decreto publicado en la *Gaceta* del 25 del corriente, los gobernadores de provincias de Ultramar nombrarán en su distrito á todos los empleados cuya dotacion anual no esceda de 1,000 pesos en la isla de Cuba, y de 800 en las de Puerto-Rico y Filipinas: esceptúanse de esta disposicion las promotorías fiscales de los juzgados.

—Ha sido aprobado por la Direccion de Obras públicas el plano y presupuestos del trozo de carretera comprendido entre Alcolea del Pinar y Tarragona, cuyo costo asciende á 959,267 rs.

—Se ha dispuesto de real orden que los generales, jefes y oficiales del ejército de Africa que deseen dejar consignada alguna asignacion mensual de su sueldo á sus familias, manifiesten á la mayor brevedad la cantidad á que aquella asciende, el lugar donde haya de percibirse y la persona que deba verificarlo.

—De real orden se ha autorizado á D. Manuel

Villachica para que termine, con una próroga de ocho meses, los estudios de un canal de riego derivado del rio Duero, que fertilice los campos de Castronuño y otros pueblos hasta Zamora.

—Se ha autorizado al señor marqués de la Conquista para que verifique los estudios de un ferrocarril que, partiendo de Talavera de la Reina, termine en Cáceres.

—Se ha autorizado á D. Pedro Carrero para que verifique los estudios de un ferrocarril que, partiendo de Jerez, termine en san Lúcar de Barrameda.

—Ha sido autorizado D. Martin de Vega para aprovechar las aguas del rio Cora, como fuerza motriz de un molino harinero que intenta construir en el término de Val de santa María, provincia de Zamora.

—De real orden se van á establecer en los pueblos de Galicia de 4,000 ó mas almas, el número de escuelas de niños y niñas proporcionado á su vecindario. En los pueblos de 500 á 2,000 almas se establecerá una escuela elemental completa, y en los de 2,000 á 4,000 almas se establecerá una escuela completa de niños y otra de igual clase de niñas. Si los ayuntamientos carecen de recursos para las dotaciones correspondientes, instruirán el oportuno espediente que será remitido por la Junta provincial al rector del distrito, quien le elevará con el suyo al gobierno para la resolucion que sea justa.

—Se ha mandado ejecutar varias obras en la escuela de veterinaria de esta córte, cuyo presupuesto asciende á 30,145 rs.

—En la sesion del Congreso del día 24 se aprobó el dictámen de la comision de actas sobre la de Celanova.

—En la sesion del Senado del día 28 de octubre se aprobó el proyecto de ley sobre la cuestion de Roma por 83 bolas blancas contra 3 negras.

—De Granada escriben que ha llovido en abundancia, y hay seguridad de una excelente sementera.

—Parece que pasan ya de doscientas las acciones que hay suscritas al empréstito levantado por el ayuntamiento de Alicante para la mejora del viaje de aguas potables de la Casa Blanca.

—Se ha aprobado el proyecto de contrata para la adquisicion de un aparato de sexto orden para las bocas del Ebro.

—Dentro de unos meses estará en disposicion de botarse al agua la magnífica fragata de hélice *Princesa de Asturias*. Todo su material es de fábrica española, inclusa la máquina, y sus 51 cañones de los mejores que se han fundido en Trubia. Están además en construccion en la Carraca, la *Purísima Concepcion* y una magnífica goleta, tambien de hélice, de fuerza de 200 caballos.

—Gerona va á tener alumbrado de gas, mejora que hacia tiempo venian reclamando sus habitantes. La concesion ha sido otorgada á favor de D. Pedro Berlant y D. Manuel Barber.

—Estos últimos dias ha tenido el precio de los granos alguna subida, aunque corta, siendo el motivo de esta novedad la falta de acarreo por estar los labradores ocupados en la sementera, concluida la cual, se espera con fundamento que vuelva á pronunciarse la baja en el mercado de Madrid.

—Demarcada la nueva calle que debe abrirse al tránsito público en el solar del teatro de la Cruz, parece se van á adoptar las disposiciones convenientes para que sin demora se hagan las obras necesarias á la alineacion y ornato de las casas que hay en ambos costados.

JUAN DEL CORREO.

CRÍTICA TEATRAL.

Dos palabras al lector. —TEATRO DEL CIRCO. —CÁRLOS I DE ESPAÑA, *drama histórico en tres actos y en verso, original de D. Luis Nebot y Padilla.* —TEATRO DE LOPE DE VEGA. —BARÓMETRO CONYUGAL, *comedia en tres actos arreglada del francés.* —TEATRO DEL PRÍNCIPE. —LA CAZA DEL GALLO, *comedia en tres actos y en verso, original de D. Rafael García Santisteban.* —TEATRO DE NOVEDADES. —FIARSE EN APARIENCIAS, *comedia en tres actos y en verso, original de D. Alberto Carrasco.* —TEATRO DE LA ZARZUELA. —TEATRO REAL.

Antes de entrar hoy en materia permitásenos una digresion.

El creciente favor que el público dispensa á nuestro periódico, y la indole especial de este, nos imponen ya deberes que estamos en el caso de cumplir.

Un periódico que, como la LECTURA, cuenta mas de diez mil suscritores, gracias á la benevolencia con que el público ha acogido sus trabajos; un periódico que está destinado á vivir largo tiempo, y un periódico, en fin, que tiene vida propia, necesita ir perfeccionando sus secciones, y dándolas mas ensanche, á fin de corresponder por este medio, no solo al objeto que se ha propuesto, sino tambien á la confianza que el público ha depositado en él, y á la grata acogida que le ha merecido.

Nuestra seccion de teatros que hasta ahora solo ha tenido por objeto dar cuenta á los lectores de las funciones ejecutadas en los teatros de la capital, recibirá de hoy mas nuevo impulso.

En ella nos ocuparemos detenidamente, no solo de las obras dramáticas que se pongan en escena, sino tambien de los actores que en ellas tomen parte.

Separados de toda banderia literaria, sin amistades ni compadrazgos que nos hagan torcer nuestra opinion, juzgarémos con la severa imparcialidad que debe presidir á un juicio crítico, y segun nuestro leal saber y entender, las producciones nuevas que de hoy en adelante se ejecuten.

Respecto al desempeño de los actores que en ellas hayan tomado parte, lo hemos dicho en otra ocasion, y lo repetirémos ahora: ni el peso de la lisonja hará inclinar nuestra balanza del lado de las eminencias, ni quemarémos incienso á ídolos falsos, ni desdeñarémos, en fin, á los débiles por ensalzar á los fuertes.

La imparcialidad será nuestro norte, y la buena fé nuestro guía.

De este modo es como nosotros comprendemos el sagrado ministerio de la critica literaria.

Hecha esta aclaracion por via de proemio, pa-

semos á ocuparnos de las producciones ejecutadas últimamente.

Tócale por turno la primera al drama en tres actos y en verso de D. Luis Nebot de Padilla, titulado *Cárlos I de España*, y estrenado con éxito infeliz en el teatro del Circo. El buen nombre de que goza este autor en la república de las letras, habia autorizado en cierto modo los anticipados elogios que de este drama se habian hecho, y la confianza con que el público acudió á su representacion la noche del estreno. Sin embargo, doloroso es decirlo, el público salió fallido en su esperanza, y la empresa de este teatro sufrió un desengaño mas.

El drama del Sr. Nebot y Padilla, cuya accion pasa en los primeros años del reinado de Cárlos I de España, es, mas que drama, una leyenda confusa, un laberinto de entradas y salidas sin justificacion alguna, donde se pierde el espectador, y en el que concluye por abandonarlo á su mala estrella.

El Sr. Nebot y Padilla ha querido presentar un hecho histórico, y lo ha presentado en efecto; pero sin plan, sin accion, con desaliño tal, que no hay un solo incidente justificado, ni una sola peripecia que revele al autor dramático.

Además, Cárlos I, como Felipe II, como el Cid, como Cervantes, son y serán siempre grandes figuras históricas, que no caben en el reducido círculo de la escena.

Por eso el Sr. Nebot y Padilla, aparte del poco interés que ha dado á la fábula, y de la ninguna conexion que ha puesto entre todos los personajes de su drama, se ha visto precisado á luchar con un gigante, y le ha empequeñecido de tal modo, que solo ha conseguido presentarnos un pigmeo.

La ejecucion de este drama, sentimos decirlo, fué muy inferior á lo que el público tiene derecho á esperar de una compañía, á cuyo frente se halla como primer actor y director D. José Valero. Tanto este como los demás actores estuvieron en extremo exagerados, declamando en tono enfático, y muchos de ellos esclavos del apuntador. Verdad es que presagiaban la tormenta que se les venia encima, y en tales casos, es punto menos que imposible pedir aplomo y serenidad á un actor.—La concurrencia era escogida, aunque escasa.

En el teatro de Lope de Vega se ha estrenado con éxito muy lisonjero, la comedia en tres actos arreglada del francés con el título de *Barómetro conyugal*.—Esta comedia, basada en un pensamiento moral y delicado, tiene por objeto demostrar que el amor caprichoso y ciego es mucho mas pasajero y efimero que el que se cifra en un cariño profundo, pero sin exageraciones ni ridiculeces: la leccion es útil y provechosa, y el espectador asiste con verdadera fruicion á estas escenas de familia, que esparcen el ánimo y llevan el consuelo al corazón.

El desempeño de esta comedia fué excelente por todos los que en ella tomaron parte. El señor Romea estuvo admirable en el papel de D. José; el Sr. Boldun caracterizó perfectamente el del abuelito, así como Florencio y Olona estuvieron muy bien en los suyos respectivos. La Srta. Berrobiano, inmejorable en el papel de Rosa, y la Srta. Gutierrez hizo con mucha naturalidad el de Margarita. Concluida la comedia, fueron llamados los actores al palco escénico, y aplaudi-

dos por la escogida concurrencia que salió muy complacida.

La empresa del coliseo del Príncipe, que ha hallado el secreto de encadenar al público, y que cada noche se ve mas favorecida por este, ha puesto últimamente en escena la comedia en tres actos y en verso, original de D. Rafael García Santisteban, titulada *La Caza del Gallo*. El argumento de esta comedia es tan sencillo como ligero. Un solteron algo rehacio en contraer matrimonio gasta alegremente su vida y su caudal, saqueado por su patrona que se empeña en cazarle, por un amigo que vive á sus espensas, y por un criado andaluz, pillastre si los hay, que le estafa y le adula para dorarle la pildora, hasta que al fin se casa con una jóven que, procedente de Cádiz, viene á la córte con su tutor. El mayor mérito de esta produccion estriba, mas que en el argumento, en los incidentes á que da lugar, y de los que resultan escenas llenas de movimiento y de vida. El diálogo es fácil y chispeante, y la versificacion delicada y sembrada de sales cómicas, campeando en toda la obra una sátira digna del primero de nuestros poetas cómicos, el Sr. Breton de los Herreros. Sentimos que la comedia no se haya impreso todavia para dar á nuestros lectores una prueba de lo que llevamos dicho. Si el Sr. Santisteban, que tan felices disposiciones muestra para el género cómico, continúa cultivándole como ha empezado, llegará un dia en que se coloque al lado de nuestros primeros poetas cómicos.—La ejecucion de esta comedia no dejó nada que desear. Tanto los hermanos Catalina, Calvo y Mariano Fernandez, como la Srta. Hijosa y la Valverde, interpretaron muy bien sus papeles respectivos, mereciendo el honor de ser llamados al proscenio á la conclusion de la comedia, y siendo muy aplaudidos por la numerosa y brillante concurrencia que llenaba todas las localidades.

Ahora demos fin á nuestra tarea ocupándonos del teatro de Novedades, condenado este año á arrastrar una existencia tan raquítica, que dudamos mucho pueda continuar así. En este teatro, donde cada dia se hace sentir mas la falta de un primer actor y de una buena actriz, se ha estrenado últimamente la comedia en tres actos y en verso: *Fiarse en apariencias*, primera produccion del jóven D. Alberto Carrasco. Con decir que solo se hizo dos noches, podrán nuestros lectores formar una idea del mérito de esta comedia. En efecto; falta enteramente de argumento, y por lo tanto de interés y de situaciones, no tiene siquiera en su abono el mérito de la versificacion, que es bastante floja, incorrecta á veces, y desnuda de pensamientos. El escaso público que acudió á esta primera representacion, quiso fiarse en *apariencias*, y llevó un desengaño terrible. La ejecucion de esta obra corrió parejas con su mérito literario, si esceptuamos á la Srta. Marin y al Sr. Tamayo (Victorino), que desempeñaron bien sus respectivos papeles.—La entrada fué como las que acostumbra tener este teatro, escasa en extremo.

El de Jovellanos, que continúa explotando el disparate cómico *Entre mi mujer y el negro*, no nos ha dado ninguna novedad.

Por último, en el Régio coliseo se ha cantado con muy buen éxito (ya era tiempo) *El Barbero de Sevilla*. El público, que deja á un lado toda

HABITANTES DE MARRUECOS.



MUJER MORA.

JUDÍA.

BEDUINA.

MERCADER MORO.

PASTOR.

clase de prevenciones cuando se le cumple lo que se le ha ofrecido, aplaudió con justicia á la señora Trevelli, y á los Sres. Mario, Buché y Rovere, que tuvieron momentos felices, haciendo salir á todos los artistas á la conclusion de la ópera.

M. GARCÍA GONZALEZ.

BIBLIOGRAFÍA ESTRANJERA.

Nouvelles causeries littéraires, par Mr. A. de PONTMARTIN. 2.^e édition. Un vol. gr. in-18°; Michel Lévy.

Cosa corriente es hoy reunir en volúmen, y lo mas á menudo, sin revision alguna, los estudios de crítica que puedan alcanzar un elemento superior de interés por su carácter de *actualidad*; y es á las veces tentativa temeraria ofrecer así á la vista del público páginas cuya naturaleza es absolutamente fugaz; pero mayor es aun el peligro que corre el escritor, cuando se hace la publicacion despues de largo trascurso de tiempo, cual es el que requiere una segunda edicion. Tal es la impresion que nos hiere, aun á pesar de las altas cualidades que recomiendan cierta-

mente el libro de Mr. de Pontmartin. Hay en él páginas de consideraciones históricas que con gusto se leen mas de una vez; pero hay otras, que, por el contrario, se vuelven á ver solo con mediana satisfaccion; como lo son, por ejemplo, las de una inoportuna disertacion, referente á algunas partes menos felices de la obra de Alfredo de Musset. Nada, por desgracia, puede motivar hoy los tales consejos, dirigidos en otros tiempos al poeta, cuando habitaba aun entre sus compatriotas, y ya no trataba de luchar con su interior inspiracion. Hoy no se necesitan criticos meticulosos, como tampoco defensores inexpertos.

Stella Maris, poésies par Mr. ANDRÉ LEMOINE, Un vol. in-16°; Firmin Didot.

Hé aquí un reducido volúmen de versos con cortas pretensiones, y que por eso mismo se abre fácil acogida. Sus ideas son selectas, y la ejecucion de sus versos bastante deleitosa. Su parte de originalidad no es de lo mejor: hay que contar con un observador, que ha preferido sencillamente la forma poética á la prosa para traducir sus impresiones. Esta forma ha servido muchas veces con acierto al autor, mayormente en la úl-

tima pieza de su coleccion; en ella ha encontrado la verdadera inspiracion, y por lo mismo es natural esperar que esta terminacion del libro pueda ser el principio de un nuevo estudio.

Les arts, étude historique par Mr. PAUL LENOIR. Un vol. in-8°; Dubuisson.

Frecuentes excursiones por el dominio de la especulacion convienen á los artistas para encontrarse, para adquirir á modo de una conciencia crítica con sus trabajos cotidianos, y para sostenerse, por último, á la mayor altura posible de un ideal que constantemente les huye. La práctica del arte ofrece por lo demás en su habitual comercio ciertas revelaciones preciosas, que necesariamente se oscurecen á los meros eruditos y á los conocedores que no han recibido una educacion encaminada á iniciarles en los procedimientos técnicos. Bajo este sentido puede merecer atenta lectura la disertacion de Mr. Paul Lenoir, arquitecto; pues es menos frecuente de lo que parece el poseer de una manera didáctica aquello mismo que piensan los artistas acerca del arte.

Por todo lo no firmado, Carlos Bailly-Bailliere,
—editor responsable y propietario.—

SUMARIO. *Ocho días en el Castillo*, por Federico Soulié, pág. 721.—*La Hija de Antonio Perez*, por D. Pedro Escamilla, pág. 725.—*Historia ilustrada de la Guerra de Africa*, pág. 727.—*Estudio sobre los habitantes de Marruecos*, pág. 730.—*Seccion religiosa*, pág. 731.—*Seccion científica*, pág. 732.—*Crónica estranjera*, pág. 733.—*Crónica española*, pág. 734.—*Crítica teatral*, pág. 735.—*Bibliografía estranjera*, pág. 736.

Advertencia importante.—La Administracion de este SEMANARIO tiene tomadas todas las medidas para que la reparticion de los números en Madrid y su remision á las Provincias se haga con la mayor puntualidad; así es que toda reclamacion que no se haga en Madrid hasta el lunes siguiente á la reparticion del número, y en Provincias á los ocho días de su publicacion, no será atendida, y el suscriptor abonará por cada número 4 cuartos en Madrid y 6 en Provincias.

Otra.—Siendo propiedad de la empresa las materias contenidas en LA LECTURA PARA TODOS, se prohíbe su reproduccion en todo ó en parte.

CHAMBERI DE MADRID : 1859.—Imp. de C. Bailly-Bailliere.